

*Wartime correspondence between President Roosevelt and Pope Pius XII. Prefaces by President Harry S. Truman and his Holiness Pope Pius XII, Introduction and explanatory notes by Myron C. Taylor. The Macmillan Company, New York, 1947. 127 págs.*

Myron C. Taylor, contrariando el sectarismo de algunos grupos norteamericanos, en este momento mundial en que su país por vez primera adopta una política exterior de anchas perspectivas en el espacio y en el tiempo, vuelve cerca de la Silla Apostólica como representante personal de ese Presidente de los Estados Unidos que con tan leve paso inició su caminar histórico. Por eso el epílogo, ciertamente inacabado, pues la faz turbada del mundo seguirá imponiendo estos contactos, del libro epistolar que hoy comentamos, ha aparecido en la prensa de estos días con el nuevo intercambio de correspondencia entre Su Santidad y el Presidente Truman.

Sus dos firmas antecedon, signando unos cortos prefacios, a esta colección de cartas cambiadas entre Pío XII y Roosevelt, hoy publicadas y anotadas por el propio Taylor. Este, en las páginas introductorias en que explica la misión a él encomendada, fija el punto de partida (pág. 2) de estas relaciones con la Santa Sede, decididamente innovadoras de las tradiciones diplomáticas de los Estados Unidos en este aspecto. El 23 de diciembre de 1939, el Presidente Roosevelt dirigió un triple mensaje a las cabezas visibles del Catolicismo y de las religiones protestante y judía en Norteamérica (el Presidente del Consejo Federal de las Iglesias Cristianas de América, Dr. George A. Bouttrick, y el Rabino Cyrus Adler, Presidente del Seminario Teológico judío de América), con el fin de desarrollar acciones paralelas que aminoraran los sufrimientos humanos que comporta la guerra, y procurar para el mundo, atormentado ya por el conflicto bélico, una sólida paz. Quizá, incluso, el triple llamamiento tuviera como fin principal el cubrir, en cierto modo, de las inevitables críticas, las relaciones que ulteriormente, y con un especialísimo carácter, iban a esta-

blecerse con el Vaticano. Taylor mismo (pág. 3), cuenta que un día antes de la fecha indicada —el 22 de diciembre— el Presidente Roosevelt le había pedido que aceptara la misión de representarle personalmente cerca de Su Santidad. Así, Myron C. Taylor fué, como decía el Presidente al Papa en su tercera carta (pág. 3), "the channel of communications" entre ambos.

No sería posible, ni tiene excesivo interés, seguir ahora las incidencias de la segunda guerra mundial a través de su reflejo, difuminado por las preocupaciones protocolarias y la excelsa neutralidad de uno de los corresponsales, en esta recopilación. Sí cabe hacer, no obstante, hincapié en algún punto.

La gestión más interesante para la Historia, y más aleccionadora, se centra en la segunda visita de Taylor a Roma: se trataba de la colaboración anglosajona, "no con el comunismo", dice el enviado (pág. 57), sino con el país —Rusia— que resiste a la Alemania nazi. En una carta fechada el 3 de septiembre de 1941, Franklin Delano Roosevelt afirma que el ejercicio de las prácticas religiosas en Rusia mejora visiblemente (pág. 61), añadiendo: "Creo que la supervivencia de Rusia es menos peligrosa para la religión, para la Iglesia como tal, y para la humanidad en general, que lo sería la subsistencia del tipo alemán de dictadura" (pág. 62). En dicha carta figura también esta declaración candorosa: "Creo que la dictadura rusa (líneas antes no se recata de decir que "the fact is that Russia is governed by a dictatorship", pase a las mutuas zalemas entonaces vigentes en el al parecer indestructible frente democrático) es menos peligrosa para la seguridad de otras naciones que la dictadura del tipo germánico" (pág. 61). Añadir un solo comentario a tal afirmación, en estas azarosas jornadas de 1947, sería

un subrayado ofensivo para el lector. La respuesta del Papa, aludida en la carta del 20 de septiembre del 41 (pág. 63), se ha hecho ahora pública con la rotunda afirmación, dirigida a Truman en el recientísimo intercambio epistolar entre ambos, de que la Santa Sede no pactará jamás con los enemigos de Cristo. Ha sido el más grande poder humano y no la Catedral de Pedro quien la tenido que variar.

Habría, asimismo, que reseñar la presencia del tema romano en la correspondencia cuando el teatro de la lucha se acerca a la ciudad de las siete colinas, y, sobre todo, la neta superioridad de la precisión y el lenguaje del Papa. No es sólo un cerebro humano el que revela su hondura mental al través del tejido diplomático de las frases epistolares, es también, y principalmente, todo el rigor de la verdad católica lo que se manifiesta. Para delinear el futuro deseable al mundo roto de estos días, Pío XII no ha de recurrir a frases vanas o de incierto sentido: se limita a invocar el "Derecho Natural, grabado por el Creador en los corazones de los hombres."

(pág. 34); él, y sólo él, encierra un completo sistema de paz, tan perfecto cuanto cabe en la humana naturaleza.

Si hemos de extraer de esta colección epistolar algunas notas que trasciendan de su contenido, estimamos que son estas dos: En primer lugar, la publicación de estos documentos, como dice el Presidente Truman (pág. XI), consagra, una vez más (casos recientes, como la obra de Lange *Our Vichy gamble* podrían sumarse), la tradición norteamericana de la "open diplomacy", aunque esta publicación tenga bastantes y bastante lógicas restricciones. Finalmente, es inequívoco hacer notar el hecho de que cuando un país, oficialmente no católico, invadido como ninguno por el materialismo, quiere iniciar, como en aquellos días que nos parecen tan lejanos de 1939, o como en estas semanas que estamos viviendo, una política de dimensiones generosamente universales, ha de recurrir a la Catolicidad, a la única Catolicidad, y volver sus ojos hacia el solo eje moral sobre el que puede girar nuestro mundo.

José M.<sup>e</sup> Moro.

JOSEPH BERNHARDT: *El Vaticano, potencia mundial*. (Der Vatikan als Weltmacht.) Colección "Cultura Histórica". Luis de Caralt, editor, Barcelona, 1947. 413 págs.

Seguir una por una las vicisitudes del Papado es empeño histórico que no ha movido al autor de este libro. La empresa hubiera exigido otro aparato crítico y una documentación en demasía cuantiosa para encerrada en el breve marco de 413 páginas. Y, sin embargo, estamos ante una obra que sólo puede haber sido trazada y escrita con la mente bien impuesta en la fenomenología histórica del Papado y guardada de todo el armamento científico, no sólo del historiador, sino, además, del teólogo. Obra de valía indiscutible, de lectura muy amena y de sintetismo propio de quien domina cumplidamente la materia.

La mera narración de datos está presupuesta en Bernhardt. El nos da algo que vale acaso más y supone, desde luego, una más enérgica condensación del juicio histórico. En vez de estudiar lo extrínseco, Bernhardt nos radiografía la dinámica interna que desde San Pe-

dro —primer Vicario de Cristo— hasta el penúltimo Papa ha determinado la milagrosa conducta de la Jerarquía de la Iglesia, superviviente de todas las catástrofes que han arrasado y destruído a otros Poderes, que humanamente poseían medios más espectaculares de acción y defensa. Con relieve vigoroso contraponen Bernhardt las dos magnas arquitecturas de la Iglesia y del Imperio Romano, en su diversa visión de la ecumenicidad de mando. La presencia de Constantino está definida con rasgos de exacta discriminación de su cesaropapismo latente, tendencia que configurará —desde la nueva metrópoli del Bósforo— el modo de ser del Imperio bizantino y de su heredero el zarismo eslavo (cap. III).

El título de la obra pudiera, por su equivocidad, llevar a confusiones. No se trata de un estudio sobre la vigencia puramente política del Papado. La prác-

En nos la da el autor en repetidos pasajes de su libro cuando, para explicar trances críticos tan decisivos como el de las persecuciones de la primera época o la arrolladora inundación de Atila o la discordia de Avignon o el desgajo de la Protesta, nos afirma que humanamente sería inexplicable la permanencia de la institución papal sin una fuerza extramundana inherente en su destino terreno. La explicación —nos recuerda Bernhardt— son las palabras de Cristo a Ceías: "et portae inferi non praevalerunt adversus eam". No obstante, la casi agresiva evidencia del poderío político del Papado a través de los siglos es tema que reiteradamente Bernhardt cujuicia. En semejante poderío —cual ya lo viera nuestro Francisco Suárez, al que no cita, pero al que sin duda Bernhardt ha leído— estriba el núcleo aglutinador de Europa en las épocas de su máxima consistencia. Papado y Europa han sido —y la lucha de las investiduras que magistralmente valora Bernhardt no hace sino corroborar este punto de vista— forma y materia de una misma realidad política durante diez siglos: desde la paz de Milán hasta la Dieta de Worms. Y si después de Worms Europa se independiza de la Roma papal, es para irse pudriendo en querrelas intestinas hasta llegar a la situación presente de caos y angustia. Roma —el Papado— salva a Europa en los trances más resolutivos de su historia: frente a Atila y frente a los Turcos (en el primer caso con sola la presencia venerable de su Pontífice, en el segundo con el brazo arizado de España). Bernhardt es justo, a diferencia de Ludwig Pastor, al valorar la enorme importancia de la contribución española al prestigio humano del Papado. Aunque sin enfocar de lleno el tema, pues no considera el autor que lo futuro esté encomendado al menester del historiador ni del crítico, algo cabe entrever, en este libro, sobre la clave de la salvación de Europa frente al avasallador avance del comunismo ruso. Pero repetimos que Bernhardt no ha hecho una reivindicación de la trascendencia política de la Iglesia, sino que se ha limitado a exponer de excelente manera la razón humana y divina que inmuniza al Papado contra los gérmenes de corrupción y decadencia mortal que han hecho desplo-

marse a todas las demás jerarquías históricas. Esa razón, aparte la potísima de representar el Papa al mismísimo Jesucristo, la ve Bernhardt en la intransigencia santa con que se ha mantenido la tradición del mensaje divino. Como depositaria de ese mensaje —de esa verdad inmutable— la Iglesia se ha hecho, ella también, partícipe de la divina potencia. El testimonio de Shiller —que no era católico— es aducido al efecto por Bernhardt (pág. 356): "Si bien ningún trono en el mundo mudó con tanta frecuencia, ocupado y abandonado tan borrascosamente, fué el único trono en el mundo que no pareció mudar de poseedor, porque los Papas morían, pero el espíritu que los animaba permanecía inmortal."

Quien pretendiera explicarse este hecho solamente desde el campo en que se mueve la consecuencia histórica, fracasaría. "El Papado tiene de su propia esencia una idea —nos afirma Bernhardt— que supera a la historia y a todos los fenómenos naturales; no vive con la confianza puesta en su habilidad y sabiduría, sino de la conciencia de su origen superhistórico" (pág. 317). Pero de igual modo precave Bernhardt contra la falsa interpretación de la evangélica frase: "Mi reino no es de este mundo." Efectivamente, aquí no se habla del lugar, sino del origen y naturaleza de la dominación, nos aclara el autor de este libro excelente. Y ello es así por cuanto el campo del reino de la Iglesia se acota en el espacio y el tiempo, dentro de la vida humana. "Este mundo y ningún otro es la materia de su soberanía", concluye Bernhardt, refutando a los falsos intérpretes del laicismo. Y de forma similar rechaza el prurito de quienes intentan explicar el Papado con el mero juicio histórico, aunque lo articulan en toda una filosofía de la Historia (pág. 399). Aunque ciertamente todo pensamiento deba considerar la concepción que de sí mismo tiene el Papado —la conciencia de su origen sobrenatural—, ya que él es uno de los términos de la alternativa ante la cual está puesto el mundo, como lo vió ya Fichte: "No hay tercera vía: o nos echamos en el seno de la Iglesia romana o nos hacemos librepensadores." Y a igual conclusión llegó Newman.

No acabaremos esta noticia sin refe-

rinos al cabal estudio —capítulo último— que hace Bernhardt sobre la organización actual de la Jerarquía eclesiástica y a su cotejo formal con las demás estructuras políticas vigentes hoy en el mundo. Afirmaciones como ésta —“el parlamentarismo de la Iglesia se encuen-

tra en el polo opuesto al parlamentarismo democrático”— son dignas de ser meditadas por tantos girasoles mentales como ahora se carean a la democracia y ayer se carearon a las dictaduras.

BARTOLOMÉ MOSTAZA.

VICTOR KRAVCHENKO: *Yo preferí la libertad*. Editorial “Nos”. Madrid, 1947. 288 págs.

Del libro de Kravchenko pudiéramos decir que es melódicamente perfecto. Posee una estructura acabada en cuyo desarrollo no ha perdido nunca el ritmo adecuado al sentido de lo que se dice ni la debida proporción a la totalidad de la obra.

Comienza por una acción llamativa y apasionante: la huida de un funcionario de la Embajada rusa en Estados Unidos. Se interrumpe bruscamente, para retrotraerse a los años infantiles, de contenido más velado y difuso, de ese mismo funcionario fugitivo; después se desarrolla con una continua ampliación y enriquecimiento de contenido hasta el final del libro, cuyos últimos capítulos enlazan sin esfuerzo con aquel principio dramático, poniendo un fin simétrico al empezar.

Esta construcción de la obra no es resultado de la habilidad del autor, sino reproducción del armónico proceso de su vida. Obrero en una fábrica, agricultor, minero, estudiante, ingeniero, funcionario del más alto departamento administrativo de la U. R. S. S., para concluir como miembro de una Comisión de compras en Estados Unidos; y por encima y por debajo de todo esto, envolviéndolo, un singular clima de terror que permanece durante toda la obra.

En un país en el que aun quedan vestigios de libertad, el esquema descrito sería el de una vida impulsada por un fuerte deseo de superación. En el caso de Victor Kravchenko es un caminar, cada vez más peligroso, entre las estructuras de un Estado absorbente, de tal modo que un peldaño más en la profesión del ciudadano complica un sinnúmero más de suspicacias y peligros. Así, cada capítulo del libro, esto es, cada uno de los momentos de la vida del autor,

gana complejidad y dramatismo, y la obra entera armonía.

Pero este enriquecimiento en motivos dramáticos es casi todo objetivo, por lo menos en lo objetivo está su raíz. El individuo nada pone sino su pasividad. Es el Estado quien provoca esos huracanes políticos que se llaman “purgas” o depuraciones, por cuya fuerza millones de seres humanos van a parar a campos de concentración; el Estado es quien dispone de modo absoluto de la vida individual. Mata, rompe la unidad familiar, indica el lugar de trabajo y pretende dar ya construídos los caminos de la actividad intelectual.

Por una serie de singulares circunstancias vinculadas a la historia de Rusia, a la peculiar psicología eslava y a la estructura política del país, el ciudadano ruso está inerme ante el Estado, como se está inerme ante una fuerza cósmica desencadenada, aterrado y sin punto de apoyo para una posible reacción. Y no se crea, según se induce del libro de Kravchenko, que esto sólo es válido para la masa desprovista de “carnet”; la misma minoría aristocrática, el partido, es sacudida por convulsiones terribles que la diezman. Libre en el sentido de poseer absoluta autonomía de decisión, no hay, al parecer, más que una persona: Stalin. Pero la libertad en este hombre es, según Kravchenko, una fuerza ciega, un monodéismo mesiánico dirigido a imponer el comunismo en el mundo.

Ahora bien, el libro es de un interés apasionante, porque entre los millones de conciencias ciegas que sufren u obedecen, una, la del autor, vió la luz, y aspiró a vivir en ella.

Si en lugar de una hubiesen sido varios millones de personas las que hubie-

ran seguido el mismo proceso, habríamos asistido al espectáculo maravilloso de la desintegración atómica de un Estado. No obstante, es una experiencia a la que no se debe renunciar, la de colocarse junto al narrador para observar desde dentro cómo funciona el Estado soviético.

La voluntad rectora del dictador "trabajaja" sobre millones de personas como el artesano o el artista sobre la materia plástica. Por una cualidad, que es muy rusa, el autócrata parece situado más allá de las concreciones. Actúa impulsado por ideas generales: colectivización, planes quinquenales, propiedad del Estado..., en cuyas generalidades el individuo y su mundo, la persona, se aniquilan, sin que su aniquilamiento importe nada. Cada equivocación del dictador, cada nueva forma que sus manos imprimen a la masa, cuesta millones de vidas trágicas como ésta de V. Kravchenko; y el autócrata se equivoca muchas veces.

El autor que seguimos le acusa, ante todo, de haberse confiado a Hitler. En contra de lo que casi todo el mundo cree — dice —, Stalin confió sinceramente en el Führer. Después del pacto de 1939, de las bibliotecas públicas de la U. R. S. S. se retiró la propaganda antinazi; las películas de la misma característica fueron archivadas; la industria de guerra se paralizó — Kravchenko era director de un "combinat" gigante—. Al parecer, se creía de verdad en una paz sincera.

El instrumento decisivo de que se vale el dictador para sostenerse a pesar de sus errores y modelar la "masa" de acuerdo con sus ideas, no es el partido, sino la N. K. V. D., antes G. P. U.

La N. K. V. D. es un organismo complicísimamente encargado de la defensa política del Estado. Actúa al margen de cualquier control procesal o judicial, tiene a su cargo los miles de campos de concentración que pueblan Rusia y los millones de esclavos que en ellos se hacinan.

Con estos esclavos se realiza un nego-

cio cuya revelación es una de las cosas que más sorprende de la obra que reseñamos. La N. K. V. D. alquila el instrumental humano que le sobre a las grandes empresas del Estado poseedoras de cierta autonomía económica. Cinco o seis mil esclavos del Estado se desplazan al lugar designado para el trabajo, al parecer en condiciones infrahumanas, bajo la vigilancia despiadada de la N. K. V. D.

Cuando el lector se encuentra, una y otra vez, con este hecho en las páginas del libro de Kravchenko se siente sobrecogido por un extraño sentimiento. No es precisamente terror o repugnancia, más bien un desasosiego profundo ante lo extraño, como si faltasen las categorías intelectuales necesarias para comprender el "hecho ruso".

No resisto a la tentación de exponer otro caso semejante. Según parece, en 1940 el Estado inició un intenso reclutamiento infantil. Por medio de la violencia en muchos casos, arrancaba niños de doce y dieciséis años de sus familias y los "estatalizaba". Un severo procedimiento espartano los convertía en instrumentos puros del Estado. La cifra de la movilización infantil ha ascendido durante la guerra a nueve millones, y según dice Kravchenko, hacia 1960 el Estado soviético tendrá a su disposición de treinta a cuarenta millones de seres de esta clase. Será un nuevo "proletariado".

Ese sentimiento de desasosiego a que antes he aludido se produce. ¿Qué quiere decir todo esto y qué sentido histórico universal tiene?

Desde otros muchos puntos de vista se puede analizar el libro *Yo preferí la libertad*, pero quizá sea mejor que el lector los descubra por sí mismo. Para una reseña es suficiente el haber desvelado su interés y tranquilizar la común desconfianza respecto de la frecuente vacuidad de los libros acerca de la U. R. S. S.

E. TERNON.

ALBERT MOUSSET: *Le Monde Slave*. Société d'Éditions Françaises et Internationales. Collection "Le Monde et l'Histoire". Paris, 1946. 308 págs., con cuatro mapas.

Con la mejor atención debe ser acogida la obra de Mousset. Él, uno de los europeos que más entienden del tema, es también un fervoroso alentador en la apremiante tarea de enfrentarse con la realidad eslava. La ciencia política le debe ya por ello una actualísima y valiosa contribución. De igual modo es elogiable el propósito de la colección "Le Monde et l'Histoire", que ha dado, junto a dicho volumen, una *Historia de Rusia* del propio autor.

"El derrumbamiento de Alemania abre para Europa una era revolucionaria." Mousset afirma, desde el principio de la obra, que, aun no pudiendo medirse por anticipado todas las consecuencias del actual juego de factores, "los beneficiarios han de ser, con seguridad, los eslavos, y en primer lugar los rusos". Lo discutible de este aserto no resta autoridad a la importante serie de conjeturas defendibles que se van acumulando a lo largo del libro, ni al útil suministro de noticias históricas oportunamente reunidas.

La citada afirmación, al frente del primer capítulo ("L'Occident face au Slavisme"), se sigue de una reflexión de índole demográfica, la relación de uno a tres en que se encuentra la población eslava respecto a la europea, relación —dice— que "se invertirá de aquí a tres cuartos de siglo".

El particular prurito de develar enigmas, que posee a todo autor ante la cuestión eslava, se muestra en Albert Mousset de continuo. Insiste en acentuar el error y la ignorancia con que han sido tratados temas tan complejos —siempre la "complejidad" de lo eslavo—, doliéndose como francés de que su patria no haya concedido apenas a aquellos pueblos mayor interés "que a las civilizaciones del Asia Central". Su valor queda encarecido con la afirmación de que el mundo eslavo constituye al presente un "factor esencial de la vida europea".

Con el capítulo II ("La Russie tutrice des Slaves ou le mythe du panslavisme") se hace historia de la idea a

que diera nombre en 1826 el eslovaco Herkel. El concepto —emperero, tan antiguo— muestra todo su proceso hasta la actualidad, concluyendo el autor, juicio de la mayor importancia, que el eslavismo fué "un aspecto, un tiempo, de la marcha de las nacionalidades a su emancipación", acabando además en acción directa lo que antes constituyese "procès-verbaux des sociétés savantes".

Mousset ve, pues, en el eslavismo una continua inconsistencia y mutabilidad, y lo considera como un mito, como un valor acomodaticio a los afanes políticos de cada pueblo, y expresivo, al fin, de su deseo de libertad. El autor echa aquí de menos el fondo de cultura común que existe, dice, en el hispanismo.

Con parecidas consideraciones se teje la argumentación del capítulo III ("Le triomphe des nationalités ou le slavisme sans la Russie"), del que destacamos como muy interesante la refutación de dos criterios: el de Bethmann-Hollweg y el de Moltke, que entendían la coyuntura de la primera guerra mundial como una lucha entre germanismo y eslavismo.

El capítulo IV ("La deuxième guerre mondiale et le Front slave de la Liberation") repasa las vicisitudes eslavas durante la conflagración última, destacando la referencia de los tres grandes congresos paneslavos de Moscú (el de agosto de 1941, el de abril de 1942 —el más importante— y el de mayo de 1943), así como la noticia de otras asambleas. Curioso lo relativo a la misión Orlemanski.

Algún gesto de germanofobia sistemática perjudica a la serenidad del buen empeño histórico, como el afirmar (pág. 135) que "delinquentes comunes, vestidos de uniforme polaco, atacaron los poblados alemanes de la Alta Silesia para proporcionar a Hitler el pretexto de una invasión". Este capítulo es, con todo, uno de los mejores. Su tesis más significativa es la de que en los albores de 1945 se pudiese hablar

ya, por primera vez en la Historia, de un "frente eslavo".

"La Russie arbitre des nations slaves" es el tema y resumen del capítulo V. Mousset entiende que, así como la primera guerra mundial terminó con la emancipación de los pueblos eslavos, el segundo conflicto ha dado a Rusia el arbitraje sobre todos ellos. Para el autor, la Europa de 1945 es "más lógicamente que la de 1918". En cuanto al eslavismo, lo considera víctima de su propio triunfo al pasar del plano ideológico al de los valores positivos.

Notable es también la recapitulación histórica de esta parte, singularmente explícita con respecto a Yugoslavia.

En los capítulos VI y VII ("La crise de l'idée slave" e "Image nouvelle de l'Europe") redondea Mousset sus conclusiones. El último auge del eslavismo ha sido una reacción contra el racismo. Pero, en definitiva, no es una solidaridad eslava lo que experimentamos, sino la presencia de Rusia en Europa.

Para los europeos se inicia una "nueva era" (pág. 291), cuyos aspectos esenciales —que no nos resistimos a copiar— son, a juicio del autor, estos cuatro: "Primero: La preponderancia demográfica sustituye inevitablemente a los otros elementos de dominación. Segundo: En el trinomio romano-germano-eslavo, en cuyo seno se decidía la suerte de la Europa continental, el factor germánico se reemplaza en lo sucesivo por el factor angloamericano. Tercero: Rusia, cuya vocación internacional ha oscilado entre Europa y Asia, se ve orienta-

da hacia Europa para los años venideros. Y cuarto: Italia está, por un tiempo no determinado, fuera del juego internacional y reducida a una política exterior proporcionada a sus medios, que son débiles."

Sobre este panorama formula Mousset la falta de una nueva solidaridad, solidaridad que "no puede nacer sino de la unión de dos civilizaciones, de dos modos de pensamiento que han sido mirados como los antípodas de la espiritualidad europea: la romanidad y el eslavismo". A la hora de la conjugación, Occidente aportaría su tradición cartesiana; Oriente, su mística. Buen patriota, el autor adjudica a Francia la responsabilidad de representar al elemento románico en la empresa de aproximación de los dos mundos, "tendiendo un puente sobre los escombros del Reich". Y aquí el error de Mousset. Si de civilizaciones se trata, y no de la más perentoria actuación política, es insuficiente un *deixenda* sobre toda la cultura germánica. Un puente tan elemental, para cubrir trecho tan grande, sería un puente inseguro.

No basta este reparo a nublar las muchas excelencias, ya en parte consignadas, de *Le Monde Slave*. Albert Mousset —de quien pronto esperamos comentar su *Historia de España*, de aparición reciente—, ha llevado ahora a cabo un cometido de gravedad e importancia considerables.

ANTONIO DE ZUBIAURRE.

ERNST JUCKER: *La Rusia actual*. Traducción por Ricardo Wisental. Mateu, Editor. Barcelona, 1947. 2.<sup>a</sup> edición. 350 págs.

No "la Rusia actual", sino "la Rusia vivida", directamente conocida, experimentada ("Erliebtes Russland"), titula Jucker su interesante haz de impresiones de dieciséis años de contacto con el pueblo ruso; y bajo tal epígrafe, menos exigente, cabe mejor el contenido de este libro, necesariamente parcial y limitado, si bien repleto de datos y sugerencias de extraordinaria valía.

El autor, su maestro suizo casado con

una universitaria rusa, va al país de su mujer poco tiempo antes de la revolución comunista, la que le sorprende residiendo en Siberia. Vive luego, con una existencia agitada y pintoresquísima —siempre en calidad de pedagogo profesional—, los años más febriles de la etapa soviética. De fundamental interés es en esta obra el choque psicológico del occidental ante la tremenda, inaprensible, compleja realidad rusa. Es el te-

ma de la "complejidad eslava" uno de los tópicos que, a nuestro juicio, ofrecen una mayor y más sintomática importancia al tratar de aquel pueblo. Jucker paga su sencillo y generoso tributo de etnópeo declarando, ya de principio, que "nunca podremos abarcar más que una parte de aquel inmenso complejo, que jamás fué visto ni comprendido por nadie, ni lo llegará a ser"... Dada por cierta la radical diferencia entre el ruso y el hombre de Occidente, y también la no fácil personalidad de aquél, queda aún por formular una notable reserva: el peculiar modo de vida en Rusia presenta al hombre en una soledad que permite sondear en su alma con más seriedad y constancia que entre la civilizada complicación de nuestros países. Así, pues, entendemos que lo que el etnópeo descubre como "misterio ruso" es, en gran parte, el mismísimo misterio humano en un medio especialmente propicio a la experimentación. Creemos también que es el suizo, por claras razones, uno de los más naturalmente dados a sorprenderse en Rusia. Es curioso observar el pasmo de Jucker, hombre de tierra montañosa, ante las extensiones interminables de la tundra o la estepa, ante los ríos de muchos kilómetros de anchura y los gigantescos lagos. De todo se desprende aquella extraña atracción de lo ruso, tantas veces comprobada en occidentales. "El suizo sufre en Rusia —dice Jucker— una especie de embriaguez. Cualquiera suizo que haya vivido en Rusia podrá confirmar que el paisaje ruso es peligroso, porque nos atenaza y ya no nos vuelve a soltar." Da fe de ello el autor con esta obra, traspasada de manifiesta rusofilia, atemperada, es verdad, por una observación objetiva y por una inteligencia libre y rehusadora de prejuicios. Frecuentemente se incluyen consideraciones un tanto ingenuas, pero, con todo, el interés no baja un instante ni desmerece la excelente calidad de los informes. No existe, ni se ha pretendido, un orden riguroso en la relación, comunicando una cierta gracia a los capítulos el hecho de

mezclarse de continuo las anécdotas con los datos geográficos, las alusiones a la psicología de los naturales, o los detalles de alcance social y político. El esquema del libro se forma sobre los títulos generales que siguen: "El país", "Los habitantes", "El comienzo" (que comprende las primeras impresiones del autor en Rusia, hasta el triunfo de la revolución), "El comunismo en acción", "Mis experiencias" (resumen de lo vivido en calidad de intelectual-funcionario de los Soviets), "El ejército rojo", y una "Conclusión". Lo de más flagrante interés se contiene en el citado capítulo "Mis experiencias", donde se hallan contundentes y desengañadoras noticias sobre el régimen comunista en Rusia. De imparcial y sereno puede calificarse el relato, y es ejemplar cómo la auténtica condición de rusófilo del escritor no impide la dureza de los juicios ante el sinfín de injusticias y crueldades esparcidas como inevitables fantasmas por todo el libro.

Pese a las sospechas de armas encubiertas de propaganda que tienen al presente esta especie de obras, de la de Jucker cabe descartar la pureza de la intención. El libro, hechas todas las salvedades anotadas en cuanto a limitación y carácter elemental, es de utilidad notoria, y muy digno de ser meditado y coleccionado con otras impresiones. En suma, un volumen de referencias directas de Rusia, tan vivas e insinuantes, no puede ser ocioso en el momento actual.

A la traducción pondríamos el reparo de algún descuido atentatorio a la pureza de nuestro idioma, como asimismo el vacilante criterio al transcribir los nombres rusos. La Academia Española tiene instrucciones con respecto a las lenguas eslavas, y aun sin adaptarse en todo a sus normas, cabe una transcripción más racional, atendiendo, al menos, a la posible fidelidad fonética. Nos sobra, por supuesto, la *W*, siempre sustituible por la *V*, y no es tolerable escribir *chleba* por *gleba*, *machorka* por *ma-jorca* o *smertj* por *smiertch*.

A. DE Z.



GONZAGUE DE REYNOLD: *La formación de Europa*. Vol. I: "¿Qué es Europa?"  
Ed. Pegaso. Madrid, 1947. XXXVIII + 286 págs.

Si la afirmación de Schlegel de que la historia es una especie de profecía al revés es cierta, nada responde mejor a los términos de esta definición que los seis volúmenes consagrados por el profesor Gonzague de Reynold, de la Universidad de Friburgo, a la "Formación de Europa". Estos seis volúmenes, de los cuales el primero acaba de publicarse en España, son dedicados a los siguientes temas, de extraordinario interés para quien, en un momento de crisis radical, como el que vivimos, quiere captar en un conocimiento global la patética existencia del primer Continente: ¿Qué es Europa?; El mundo griego y su pensamiento; El helenismo y el genio europeo; El Imperio Romano; El mundo bárbaro y su fusión con el mundo europeo; Cristianismo y la Edad Media. Al investigar sobre los orígenes de Europa, el autor va consiguiendo sucesivamente las respuestas de la geografía, de la mitología y de la etimología. El descubrimiento, debido a los navegantes griegos y a los conquistadores romanos y su punto capital de desarrollo fué el Mediterráneo, que le dió al mismo tiempo la capacidad de abrirse al mundo y de proyectar fuera sus formas de cultura. La unidad de Europa responde, en primer lugar, a razones geográficas y luego a fundamentos de carácter histórico. Europa —dice Gonzague de Reynold— debe a Grecia una civilización, la forma misma de nuestra civilización. A Roma, una idea política y jurídica, un armazón, la idea del *imperium*, que si no hizo a Europa, la preparó. El elemento germánico contribuyó a su vez a un rejuvenecimiento imprescindible. Al Cristianismo Europa debe su alma, su existencia misma, la esencia de su cultura, a través de la cual se pudo realizar la fusión del mundo romano con el mundo germánico.

El profesor de Friburgo parte del punto de vista de que Europa atraviesa la mayor crisis de su historia. Esta crisis no puede ser comprendida sin una justa valoración de las constantes fundamentales del mundo europeo. Por ello la primera cuestión que se plantea des-

causa en esta pregunta capital: ¿Qué es Europa? Para contestar a ella Gonzague de Reynold abarca todo el amplio material que pueda ofrecerle la geografía y la mitología, la prehistoria y la metafísica. Desde el punto de vista geográfico Europa es inseparable de Asia y Africa, y la geografía ejerce una influencia decisiva en el desarrollo de los valores espirituales. Europa, y en especial la Europa occidental, es el continente marítimo por definición y, por tanto, un continente abierto al mundo. Al Mediterráneo, Europa debe su nombre, su descubrimiento, su colonización, su civilización, su unidad imperial y su religión. Al Atlántico se debe el descubrimiento, la colonización y la conquista del mundo. Mientras el Mediterráneo hizo al Imperio Romano, el Atlántico ha hecho al mundo. Antes de ser un continente, Europa empezó por ser un mito. Para Hesíodo, en su *Teogonía*, Europa es una de las tres mil oceánidas "de finos tobillos que vigilan la tierra y los abismos marítimos". Ovidio lanza el mito de Europa a través de los siglos, consagrándole treinta y dos versos del segundo libro de sus *Metamorfosis*. A partir de Ovidio el tema mitológico del rapto de Europa es uno de los grandes temas en los cuales poetas y artistas de todas las épocas se inspiraron. Al estudiar el aspecto mitológico del problema, siguiendo la tradición de dos historiadores, el método topológico de Victor Bérard y el método arqueológico de Glotz y Technau, Gonzague de Reynold constata que responde a una visión asiática que llega sólo a los confines de Creta. Por ello pasa, en segundo lugar, a las investigaciones de tipo etimológico, donde examina sucesivamente las teorías del origen semítico, celta y griego del nombre de Europa y la trayectoria de su culto que, propagado por la Creta micénica por el mundo egeo, es humanizado por el mundo helénico. Con esto Europa penetra en el mundo mediterráneo, que constituirá el núcleo central de su civilización y de sus formas de cultura. En su capítulo sobre el mundo mediterráneo, quizá el más vivo y más interesan-

te del primer volumen, el autor nos da pruebas de una extraordinaria erudición unida a una admirable fuerza de síntesis. El Mediterráneo es --afirma-- el centro de todo el mundo antiguo; o sea, pura y simplemente, de todo el mundo. En él desembocan los pueblos más importantes de la historia; en sus orillas se instalan las civilizaciones más importantes; en su litoral hará su aparición el Cristianismo, alma de la civilización universal. La historia universal nació del Mediterráneo, del mismo modo que nacieron de él la civilización universal y la religión universal. Todos los acontecimientos más importantes de la historia universal se desarrollan en torno al Mediterráneo o en íntima relación con este mar. "El bautismo mediterráneo es una condición *sine qua non* para que un pueblo quede integrado en la civilización europea, o sea en la civilización universal."

El libro de Gonzague de Reynold es una apelación al pasado, un patético retorno a los orígenes, tanto más patético en cuanto al tono catastrófico, típico en los períodos de gran crisis, sustituye la labor ponderada de una erudición extraordinariamente viva y actual. Y toda apelación al pasado --escribe él-- "es una apelación apasionada al porvenir: un grito apasionado del ser vivo que quiere pervivir, no obstante las amenazas de destrucción... Entre un mundo que muere y un mundo que nace, va siempre inserto un período vacío que es, al propio tiempo, *sepulcro* y *cuna*. En él el mundo que muere agoniza debatiéndose e intentando aplastar con su peso al mundo naciente, que aun no tiene abiertos los ojos y ni siquiera conoce su nombre."

GEORGE USCATESCU.

GREGORIO GAFENCU: *Ultimos días de Europa*. Edige. Ediciones Generales, Barcelona, 1947. 246 págs.

En este intermedio extraño e inquietante de la trágica conmoción en que nuestra cultura se aniquila, no hay lugar propicio para el observador desapasionado y sereno. La serenidad se ha perdido, y no encontramos augurios de fácil recuperación.

Las pretendidas obras históricas no desempeñan en realidad otra función que la de actuar como armas ideológicas contra el enemigo de ayer o el posible enemigo de mañana. Porque en el inmenso conflicto en que nuestra cultura ha entrado, sólo una primera etapa ha sido culminada. ¡Y a costa de cuántas cosas, Señor! Entre ruinas materiales y espirituales, minados en sus más hondas raíces los cimientos en que descansaba, los restos de la cultura cristiano-occidental tienen inexorablemente que enfrentarse con un enemigo radical, aliado circunstancial de uno de los grupos de la pugna inicial.

Por esto ciertas precauciones son siempre precisas al enfrentarse con libros como éste que bajo el título de *Los últimos días de Europa*, se ha ofrecido al público español. Y más cuando,

como en este caso, el autor ha intervenido directamente en los terribles sucesos en que fatalmente se ha visto envuelto.

El libro de Gafencu es el relato de un viaje. La historia de los últimos esfuerzos europeos para evitar lo inevitable. Los póstumos intentos diplomáticos para conservar un falso equilibrio ya históricamente superado por la vida ascendente. Gafencu es nombrado ministro de Asuntos Exteriores de Rumania el 23 de diciembre de 1938, aun fresca la sangre en que el rey Carol había ahogado la turbulenta mística política de la Guardia de Hierro. "Tenía un encargo urgente a cumplir: calmar el furor que hervía en Berlín, furor que en una época en que no existía solidaridad europea podía ser fatal para mi país." El ministro consigue un acuerdo económico con el Reich, que contribuye a atenuar la tirantez. Es invitado oficialmente a Berlín. Y aprovecha la ocasión para visitar los Gobiernos de Occidente y ver por sus propios ojos lo que quedaba de la voluntad de mantener el viejo orden europeo en que

su país había encontrado excesivamente favorable encaje.

Este viaje en busca de Europa —la Europa que poco más tarde había de ver morir— es el motivo del libro que nos ocupa. Desfilan a lo largo de él los principales personajes de la tragedia europea. El coronel Beck, Ribbentrop, Churchill, Chamberlain, Halifax, Bonnet, Daladier, Ciano, Mussolini, el príncipe Pablo Ismet Inonu, von Papen, Metaxas... "Nada puede sintetizar mejor la amplitud de la catástrofe que la enumeración de las suertes que en el corto espacio de seis años se abatieron sobre los principales actores de la acción de este libro. El coronel Beck murió después de conocer la derrota y el drama del destierro; von Ribbentrop y Goering figuran entre los criminales de guerra. La tempestad devastadora ha alcanzado a reyes y príncipes: el rey Boris murió y el príncipe Pablo, alejado de la Regencia por un levantamiento del pueblo serbio, se ha refugiado en África del Sur; el rey Carol está en el Brasil y el rey Leopoldo de Bélgica en Ginebra. Chamberlain y Metaxas murieron. También murió el presidente Hacha. Ciano fué fusilado por orden de su suegro y los alemanes; en tanto que Mussolini fenece a mano de los partisanos y su cadáver es expuesto al ludibrio público en la plaza de Milán con Stárace y otros; Hitler, en fin, el gran culpable, protegido de las furias hasta la completa realización de la inmensa tragedia, desapareció envuelto en las ruinas de la Reichskanzlei."

Un halo de fatalidad recorre las peripecias del relato. El autor no puede sustraerse a las limitaciones de su pe-

culiar posición política. No podemos encontrar en su obra, por tanto, más que una visión parcial del panorama. Visión de hombre inteligente, muy inteligente, pero inevitablemente deformada, tanto por sus prejuicios iniciales como por el resultado de la contienda que entonces amenazaba. "Hoy puede apreciarse mejor que en 1939 que la insuficiencia de los esfuerzos diplomáticos de preguerra, no falta de voluntad y de cierta persistencia, era debida en gran parte a la ausencia de una profunda reacción moral contra el absurdo y sacrilego hitlerismo." ¿Ausencia de una profunda reacción moral? ¿Y no sería esto debido a la insuficiencia de las razones morales que oponer al ímpetu de la Alemania creciente? En parte, sólo en parte, podemos aceptar ciertas afirmaciones de Gafencu, que si recogen determinados aspectos de la realidad, no pueden ser elevados a una verdad absoluta: "Jamás la Historia sufrió de manera más exclusiva la voluntad de un solo hombre." "Pero el hombre a quien los hombres ya no podían detener iba a perder él mismo la dirección de los acontecimientos. Su actuación que, a pesar de sus manifestaciones exteriores, exactamente calculadas, no tenía ya nada de humano, libertaba fuerzas que su voluntad no sabría domeñar. Como el aprendiz de brujo, debía perder la fórmula que conjura los elementos. Y la Fatalidad, puesta en movimiento por los yerros de un poseso, golpearía a ciegas, a grandes porrazos, antes de determinar un desenlace que alcanzaría el alto significado de un juicio de Dios."

LUIS TRUJEDA.

JUAN BENEFYTO: *Fortuna de Venecia. (Historia de una fama política.)* "Revista de Occidente". Madrid, 1947. 125 págs.

Venecia ha sido hito, casi diríamos que central, de referencia para la admiración política. Sobre el tema del Gobierno de Venecia, y de la larga duración de su República, se han escrito miles de páginas. Tantas casi como sobre Roma; más, desde luego, que sobre Esparta y Atenas; más también, acaso,

que sobre cualquier otro sistema político de la Edad Moderna. Esa insistencia es la que Benefyto razona y valora, en este breve ensayo, de fácil lectura, sin grandes vuelos históricos y sin más alcance crítico que "manualizar" para el vulgo culto lo dicho, en pro y en contra, sobre el tema Venecia por emba-

jadores, doctrinarios y escritores, desde el siglo xv a nuestros días. Motivo o apoyatura para el discurso de Beneyto es la repetida apelación que hace a la trascendencia de la función diplomática, que viene a ser como la clave de la buena fortuna de Venecia. Desde un punto de vista meramente valorativo, ésta es la nota más original que nos ofrece el presente ensayo.

En lo que llamaremos andamiaje de prueba, Beneyto —al cabo, dicho en desempolvlar legajos de archivo— nos trae unos cuantos testimonios inéditos de escritores y embajadores españoles. La famosa relación del Marqués de Bedmar —nuestro embajador ante la Serenísima desde el año 1614 al 1619— ofrece relieve peculiar por lo afinado de sus críticas. No desmerece junto a éste el testimonio, también inédito, del conocido cronista Antonio de Herrera, en tiempos de Felipe IV. Se refiere asimismo Beneyto a la relación inédita del Marqués de Mancera, embajador desde 1657 al 1661. Por el estilo, aporta otras pruebas que duermen en los anaqueles de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid. El libro del agustino Jerónimo Román —*Repúblicas del mundo*—, impreso en Madrid, año 1595, sirve de hilván a no pocos pasajes de este ensayo. Lo mismo que a los testimonios españoles sobre Venecia y su sistema de Gobierno, se refiere Beneyto a los testimonios franceses, florentinos, ingleses, alemanes, etc., aunque aquí la referencia se articule sobre obras y textos ya mundialmente famosos. El recorrido es agradable y las citas muy oportunas.

El eco que el ideal político de Venecia tuvo en *Los Comisneros*, tampoco se le pasa a Beneyto y lo funda sobre las *Epístolas familiares* de Antonio de Guevara y sobre los estudios modernos de Díaz Jiménez: *Historia de los Comisneros de León*, y del P. Gefino: *Vida e Ideario de Fray Pablo de León*. Reflexión especial le merecen al autor de este ensayo los elogios y críticas que Venecia provocó en D. Diego Hurtado de Mendoza —Embajador de Carlos I en Venecia—; en Fox Morcillo —cuyo *De regni regisque institutione* valora positivamente la república veneciana, al igual que las de Génova, Sena y Suiza—; en

el antes citado P. Román; en el jesuita Agustín de Castro (a quien equivocadamente pone Beneyto el apelativo de "Fray", que sólo compete a las órdenes mendicantes), cuyos *Proemiales políticos*, aun inéditos, analiza (págs. 55 y siguientes). Del mismo modo pasa Beneyto revista a los juicios que sobre Venecia emitieron Commines, Bodin, Boëtie, Montaigne, Voltaire, Montesquieu..., y se muestra extrañado ante el hecho de que Rousseau nada diga sobre el sistema de la República adriática.

La razón de esa pervivencia veneciana en la estima universal la encuentra Beneyto en un complejo de valores, unos ínsitos en la física situación de dicha República, otros derivados de su sistema y de sus hombres, otros debidos al temperamento de sus gentes: congruismo estimativo que Beneyto entresaca de lo escrito por los diversos autores que cita. La promoción de los idóneos es la nota que a Beneyto le parece sintética, tanto de la admiración que Venecia ha suscitado entre los doctrinarios, como de la eficacia histórica de su sistema político. (Pág. 117, final.)

Apartado especial dedica este ensayo a la polémica que en torno a Venecia provocó el sonado libro *Scrutinio della libertà veneta* (manuscrito, en la Biblioteca Nacional de Madrid, editado en 1612 en Mirandola por Juan Benín Casa y traducido en 1619 al español por Antonio de Herrera), que centra todas las críticas hostiles a la Serenísima. ¿Quién es el autor de este famoso libro de polémica? Beneyto analiza la atribución —la más generalizada— al Marqués de Bedmar y la desvía sobre Antonio de Herrera, contemporáneo del Marqués, traductor de Tácito, Secretario de Su Majestad, aunque no se decide en redondo por uno ni por otro y deja, por tanto, en el aire la interesante cuestión.

Sin aportaciones nuevas al tema, en el fondo responde, sin embargo, el breve trabajo de Beneyto al motivo que dió lugar a su redacción, como consecuencia del interés suscitado por una conferencia dicha por él en la Escuela Social de Madrid acerca del tema: *Esquema histórico de la imitación política*.

B. M.

PAUL QUENTIN: *La propagande politique: Une technique nouvelle*. Neuchâtel (A. la Baconnière), 1944. 138 págs.

A pesar de que por su fecha no es ya estrictamente reciente, como quiera que las "especiales" circunstancias por que hoy atraviesa el comercio cultural dan cierto margen justificativo a este respecto y por el indudable interés que presente, nos decidimos a dar breve cuenta de este librito (que lo es por su tamaño, no por su densidad).

"La propagande politique est un fait" (pág. 13). De esta sencilla afirmación emanan una serie de circunstancias importantes; pero, sobre todo, la de que, buena o mala, con ella hay que contar. Pero el autor va más allá y encuentra una justificación profunda de la propaganda en la verdad sociológica de que "à l'état pur, la vérité est dangereuse à manier" (pág. 16). Esto supuesto, propaganda es la "vulgarisation politique de la vérité" (pág. 19). Y, en su forma técnica moderna, "l'effort de diffusion d'une idée" (ibid.).

El autor nos ofrece un recorrido histórico sobre la propaganda hasta la actual situación, la que nada menos que un Departamento ministerial la rige en la mayoría de los Estados. De todos modos, su fase propiamente científica no se remonta más allá de 1928.

De esta ciencia actual de la propaganda se ocupa Quentin en un sutil estudio de su mecanismo psicológico. Su terreno de acción es la afición pública, que se trata de orientar en un determinado sentido, o, más exactamente, de crear. Ello se logra en tres estadios: el lanzamiento de la idea, su madurez intelectual y, finalmente, su cristalización definitiva. Pero no hay que olvidar la notable variabilidad del proceso psicológico según las categorías del público (la masa obrera o la campesina, etc.), que es opuesta a las propagandas standard. Por lo demás, la general al tiempo es un factor decisivo, el cual no actúa de modo proporcional, sino progresivo.

Hay, a partir de esto, la posibilidad de establecer ciertas leyes de la propaganda. Así la (1) simplicidad; la (2) necesidad de un detonante adecuado; la (3) simpatía, porque "le sentimentalism

de l'opinion est plus fort que son rationalisme"; la (4) síntesis, que en propaganda debe preceder al análisis (y por eso un programa político nunca se precisa ni se detalla hasta después de haber triunfado); la (5) sorpresa; la (6) repetición; la (7) no forzar la saturación, no olvidando que (8) toda propaganda se gasta siendo indispensable; (9) una adecuada dosificación. Es especialmente importante (10) la unidad de orquestación, que debe ser rígida y aun rigurosa.

El autor distingue dos tipos básicos de propaganda: la revolucionaria y la defensiva. La una y la otra emplean como medios técnicos los oradores populares (*in principium erat Verbum...*), la prensa ("en 1898 un bâtiment américain coule fortuitement dans le port de la Havane... Le journalisme américain, en hâte de nouvelles sensationnelles, s'empare de l'événement... Le *New York Journal* imprime en caractères gras: "Le pays entier tremble de la fièvre de guerre". "En vérité, nous dit M. Rassah, le pays ne tremblait pas du tout puisque c'est par cet article du journal seulement que l'excitation à la guerre contre l'Espagne commençait", cfr. pág. 85), la radio (en 1938, Alemania consagraba el 11,8 por 100 de sus programas a propaganda; Rusia, el 15,8 por 100, y Estados Unidos, el 15,9 por 100), el cine, el arte, en general... Hay también medios negativos, como la censura (que puede ser muy útil, sobre todo si cuando, una vez de intentar inútilmente cerrar el paso a una noticia, escoge con acierto el lugar, el tiempo y el modo de su presentación), la contrapropaganda, el bulo, el "globo de ensayo", el mentís, la encuesta, etc.

El autor vuelve al punto de partida: "Est-ce un bien ou un mal? C'est un fait" (pág. 127). Quizá la conclusión final, de todos modos, sea demasiado neutral. Mejor dijo Oliveira Salazar que la Verdad y la Justicia son las dos banderas de toda auténtica propaganda.

MANUEL FRAGA IRIARNE.

AUBREY JONES: *The Pendulum of Politics*. Faber and Faber, London, 1946. 8s. 6d. 183 págs.

El autor de este libro, el capitán Aubrey Jones, es hijo de un minero galés, y se graduó con notas distinguidas en la London School of Economics. Empezó siendo un discípulo del profesor Las-ki, y ha terminado adhiriéndose al partido conservador inglés. Una de las facetas más interesantes del libro es que refleja esta evolución del pensamiento político de su autor, a cuyos argumentos para justificar su cambio político podrá negarse consistencia, pero no sinceridad. Mas no se crea que el libro del capitán Aubrey Jones es sólo una defensa de sus nuevas posiciones conservadoras. En lo que cabe, se trata de un libro objetivo sobre los principios de la política. Hasta los niños saben ya que la época en la cual vivimos es una época de tumulto, revoluciones y general desintegración. Este estado de cosas ha sido estudiado por el capitán Jones, tratando de investigar sus causas y de buscar soluciones. Siendo inglés el autor, no será necesario decir que su posición conservadora la identifica con la defensa de la libertad. Y así define la libertad como una materia de equilibrio, cuya balanza hay que cuidar si no se quiere desembocar en la anarquía, con sus dos formas: la revolución y la tiranía. Durante siglos hemos destruido los abusos de la sociedad y hemos logrado la libertad y la dignidad humanas. Pero hoy ya no nos basta, queremos destruirlo todo para defender la nueva libertad, y para ello necesitamos crear nuevas tiranías y fomentar nuevos abusos. Con ello lo que hacemos es destruir la verdadera libertad conquistada a costa de tantos esfuerzos y de tanta sangre. Esta actitud del autor es, en resumen, una defensa de la democracia conservadora, dos términos que en nuestra concepción política corriente parecen incompatibles, pero que en Inglaterra no lo son, ni por supuesto en otros países.

Aunque preocupado por los problemas de su nuevo partido, el conservador, el autor de este libro comienza confesando que le interesan más las causas políticas que los partidos políticos. El análisis crítico que hace de las actitudes

de estos partidos —concretamente del liberal, del socialista y del conservador, pues apenas si concede beligerancia al comunista— es agudo y está seriamente hecho. Pero lo que más le interesa es definir la naturaleza del conservadurismo y fijar una teoría que destruya los viejos tópicos ofensivos para la posición conservadora. Así, define lo conservador como la doctrina de la evolución ordenada, y un buen ejemplo de ello es la historia misma de Inglaterra, donde políticos conservadores han facilitado y desarrollado movimientos progresivos en lo social y en lo económico. Ahora bien, de nada servirá esta definición si no nos preguntamos antes qué es lo que debe ser conservado. ¿Injusticias, riquezas y privilegios? Tal suelen creer —dice el autor— aquellos para quienes la más alta concepción de la política consiste en la lucha sangrienta por la posesión de las riquezas. Pero un auténtico conservador sólo pretenderá conservar —en su medida templada y equilibrada— la autoridad, la propiedad, el poder y el imperio. Una distribución no equilibrada de estas fuerzas puede conducir a la tiranía, de igual modo que conduce a la tiranía la lucha por su destrucción. Ciertamente debemos admitir cambios en esas instituciones, y que tales cambios son aconsejables —añade el autor— en determinadas crisis de la sociedad. Pero todo intento de anularlas lleva fatalmente a la anarquía. De aquí que el autor distinga dos clases de conservadurismo: uno reaccionario y otro progresivo, pero sólo admita este último.

La tesis del libro se puede resumir, pues, en estas palabras: la lucha política actual no es, contra lo que sostienen los comunistas, una lucha entre ricos y pobres, entre los que poseen y los que no poseen, sino entre dos opuestos puntos de vista: el de aquellos que intentan conservar una medida de autoridad y aquellos que luchan por destruir ésta o rebasar injustamente su medida. Tesis de escasa consistencia, pues, naturalmente, el autor no defiende una autoridad en abstracto, el poder por el he-

cho de serlo, sino una autoridad, un poder concretos. Y habría que preguntarle: ¿Qué autoridad se trata de conservar? Porque también los rusos tienen una autoridad y la defienden a machamartillo. El autor tendría que confesar que sólo defiende la autoridad conservadora, aunque tendría derecho a añadir que sólo esta autoridad es una garantía

de la libertad en su propio país. Tesis cuya discusión nos llevaría muy lejos y rebasaría los límites de esta nota, cuyo solo propósito ha sido informar a los lectores españoles sobre las ideas principales de este interesante libro de un intelectual *converso*, si es lícito adjetivarlo así.

José LUIS CANO.

RAOUL COMINI y GIUSEPPE RABAGLIETTI: *Le Leggi dell'Italia Libera*. Colpelli, Bologna, 1946. 2 vols.

Se trata de una recopilación de las leyes publicadas en Italia desde el 8 de septiembre de 1943 al 15 de enero de 1946. El primer volumen llega hasta el 15 de junio de 1945, fecha en que arranca el segundo.

La recopilación se ha realizado con un criterio de ordenación alfabética que no facilita en verdad el conocimiento de las disposiciones. Preferible hubiera sido una agrupación sistemática acompañada de sendos índices alfabético y cronológico. Únicamente en el segundo volumen el índice alfabético va acompañado de un índice cronológico, que en parte remedia la difícil consulta de obra de tanto interés.

Todas las leyes italianas de estos años cruciales para su vida están presididas por el signo de la "desfascistización", horrorosa palabra que se repite con insistencia a lo largo de diversas leyes, y de la que pretendemos huir.

La legislación supresora de los caracteres fascistas impresos a la vida italiana a lo largo de veinte años, se inicia con el Real Decreto-ley de 28 de diciembre de 1943, y se contiene fundamentalmente en los Decretos de 6 de enero, 12 de abril, 27 de julio y 11 de octubre de 1944, y en los de 23 de febrero y 9 de noviembre de 1945.

La depuración alcanza no solamente a los funcionarios del Estado, sino a todas las profesiones, artes y oficios. Se instituyó un Alto Comisario para las acciones contra el fascismo, funcionario designado por acuerdo del Consejo de Ministros, y que durante el ejercicio de su cargo estaría equiparado a magistrado. Se dispuso que to-

dos los beneficios derivados de la participación o adhesión al régimen fascista pasarían a poder del Estado.

De destacado alcance político fué la institución de la Consulta Nacional por Decreto de 5 de abril de 1945. La Consulta Nacional emitió su opinión obligatoriamente sobre los proyectos de presupuesto, en materias de impuestos y sobre las leyes electorales. Vino a ser una especie de sucedáneo de la Cámara Legislativa, siendo nombrados los consejeros por el Gobierno. Los Decretos de 12 de julio, 31 de julio y 31 de agosto de 1945 regulan la composición y funcionamiento de la consulta nacional. En ella tenía que haber representación de los diversos partidos que constituyeron el Comité de Liberación Nacional, así como representantes de las asociaciones nacionales de combatientes, de mutilados y de obreros y de artesanos. La consulta funcionaba en la Asamblea Plenaria y en Comisiones, y utilizó los locales y servicios de la Cámara de Diputados. Se instituyó un Ministerio de consulta nacional, al que competía proponer al Consejo de Ministros el nombramiento de consejeros. La Consulta Nacional cesó tan pronto como se eligió la Asamblea Constituyente.

Por Decreto de 31 de julio de 1945 se dió vida al Ministerio para la Constituyente, encargándose de preparar la legislación electoral.

El Decreto de 16 de mayo de 1944 sustituyó la expresión "Jefe del Gobierno" por la de "Presidente del Consejo de Ministros", queriendo así borrar una de las creaciones políticas más vigorosas y originales del fascismo.

El Decreto-ley de 6 de diciembre de 1943 disolvió la milicia voluntaria para la seguridad nacional y prohibió las formaciones de carácter militar en todos los partidos políticos.

Un régimen local, de carácter provisional, se instituyó por Decreto-ley de 4 de abril de 1944, conforme al cual el alcalde y los concejales habían de ser designados por el prefecto. El Decreto-ley de 7 de enero de 1946 reconstituyó la Administración municipal sobre base electiva. Cada Municipio tendría un Consejo; una Junta elegida de su seno, y un alcalde, asimismo elegido por el

Consejo, exigiéndose mayoría absoluta y asistencia de los dos tercios. Todos los órganos municipales se renuevan cada cuatro años.

El Decreto de 3 de julio de 1944 suprimió el Ministerio de Cultura Popular y creó una Subsecretaría de Prensa e Información adscrita a la Presidencia del Consejo.

Y éstas son, entre mil, algunas de las disposiciones más interesantes, desde el punto de vista político, que se contienen en estos volúmenes.

JUAN GASCÓN.

J. MERVYN JONES: *Full Powers and Ratification*. Cambridge Act the University Press, Cambridge, 1946. 182 págs.

El acto jurídico internacional y, más concretamente, el Tratado ofrecen un campo admirable para las construcciones jurídicas positivas. Si la presencia del Derecho privado se percibe con suficiente claridad en distintas partes del Derecho internacional, acaso en ninguna muestra mayor firmeza que en el sector citado. La embriología del negocio jurídico internacional tiene que constatar la sucesión de todos estos momentos: la teoría de la acción del Derecho romano, la noción savigniana de la relación jurídica, para desembocar en el pleno triunfo de la versión convencionalista de todo nuestro Derecho.

Pero esta teoría, sustancialmente tomada en préstamo del Derecho privado, no ha podido mantenerse irreducible a la acción de factores propiamente internacionales y también políticos. El concepto del Tratado internacional, su validez y los problemas puramente formales perciben las modificaciones que la constitución del Estado y de la organización internacional exigen. El estudio de Mervyn Jones, planeado en una dimensión estrictamente positiva, no escapa a esta penetración de la nueva situación internacional, que altera los formatos que parecían más alejados del proceso político. Superando el cauce angosto de la letra, para fijar nuestra atención al fondo de la transformación del acto internacional, podemos señalar tres etapas sumariamente interesantes que vienen a re-

sumir otras tantas maneras de situarse todo el Derecho internacional. Epoca de los plenos poderes, en los que el Monarca, representado por un "mandatario", se obliga internacionalmente con otro Soberano. Etapa de predominio de la Ratificación: acto jurídico mediante el cual el poder político competente se obliga en un acuerdo internacional, previamente firmado por los agentes provistos de oportunos poderes. Tiempo moderno, en el que, utilizando procedimientos técnicos diversos, se intenta conseguir un control internacional sobre la conclusión y contenido de los Tratados.

Al primer período corresponde una construcción estrictamente privatista del acto internacional. La noción de la representación, unida al principio de la buena fe y del mantenimiento de la "estipulatio", explicaba perfectamente la obligatoriedad de la ratificación y la perfección del acto por la mera signación del representante.

La segunda etapa marca lo que me atrevería a llamar penetración del derecho constitucional interno en la esfera internacional. Las modificaciones políticas registradas en la teoría del Estado y del Poder por obra de las revoluciones americana y francesa alteran la significación de los momentos formales anteriores; la firma deja de tener otro valor que no sea el de mera autenticidad del acto, y la ratificación, que se convierte en acto discrecional, señala la per-



feción del vínculo. Se origina con ello nuevos problemas antes insospechados: la ratificación ¿tendrá o no valor retroactivo? Los preceptos constitucionales ¿influirán o no en la validez del acto internacional? O la competencia para estipular obligaciones internacionales ¿será ajena a la legislación constitucional del Estado?

Con el Pacto de la Sociedad de Naciones, exigiendo por su artículo 18 el registro de los Tratados internacionales; con las proposiciones de Perú en 1930 y de Bulgaria en 1936, se abre paso un nuevo período, en el cual el Derecho internacional no quiere limitarse a constatar la observancia de preceptos

formales, sino que aspira a examinar los motivos: el fondo del acto en cuestión.

¿Acaso estos tres momentos no registran en el Derecho internacional la transformación operada en el puro derecho de las obligaciones, en un ascenso constante para conseguir el contacto con principios morales y sociales? Y esas tres etapas (plenos poderes, ratificación, control internacional), ¿no constituyen otras tantas proyecciones de un Derecho que en su día fué *interpotestates* reinantes, más tarde *internacional*, para devenir en *supersesional*?...

MARIANO AGUILAR NAVARRO.

FRANÇOIS PIÉTRI: *Un Caballero en El Escorial. (Un hermano de Napoleón, Embajador en España, 1800-1801.)* Título original: "Le cavalier de l'Escorial". Traducido del manuscrito francés por Santiago Magariños. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1947. 354 págs.

Para el conocimiento del "hecho napoleónico" suele resultar muy provechoso apartar la mirada del mismo Napoleón y volverse hacia los personajes que actuaron en torno suyo, aportando matices propios a los resultados históricos. Este libro, que nos cuenta la gestión de Luciano Bonaparte como embajador en España de 1800 a 1801, resulta doblemente interesante, en el terreno de la lección política y del devenir nacional, por mostrar cuál fué la diferencia entre las sucesivas actitudes napoleónicas respecto a España, como Primer Cónsul primero y como Emperador más tarde.

Luciano Bonaparte, que no era de ningún modo una mera creación de su hermano, pues en su "currículum" político le llevaba inicialmente cierta ventaja, y aun en la noche del 19 de Brumario fué el principal autor de la elevación de Napoleón al Poder, luego, en su papel de "accedor y único hombre con derecho a hablarle alto" —nos recuerda Piétri la melodramática escena de la Orangerie, amenazando hundir una espada en el pecho del recién Primer Cónsul si atentaba contra las libertades públicas—, habría de ser el "genio bueno", o por lo menos el "genio discreto" de Napoleón, en su política española, aunque fracasase. En el forcejeo preliminar franco-

inglés, le era preciso a París sujetar bien a Portugal, tradicional aliado británico, haciéndolo con España o por eucima de España.

Para esto envió Napoleón a Madrid, con rapidez expeditiva y haciendo caso omiso de protocolos, a su hermano —que acabada de escribir un libelo contra él—. Luciano, al captarse toda la confianza y el tuteo de Carlos IV, de María Luísa y de Godoy, procuró llevar las cosas por el cauce de su propio sentir: era preciso lograr la armonía con los Borbones, en vez de la imposición por la fuerza. Pero tras la guerra de las Naranjas, Napoleón —pronto será Emperador—, irritado por la reserva española, comienza a perder los estribos... "Al estampido del cañón ha visto bruscamente en la Corte española a la sierva de su ambición y no a la asociada de sus propósitos."

Pudiéramos decir que en este libro Luciano y Napoleón representan el contraste entre la política y el sable; o, mejor aun, entre la política en su natural y limitado cauce de procurar la mejor convivencia humana y la política como virtuosismo de creación personal (recordemos la frase napoleónica del Poder como violín), de ambición sin frontera —el arte es siempre infinito— que en el primer momento logra hermosas y vas-

tas creaciones, que se derrumban, no obstante, con su inventor, con su "poeta", en el sentido etimológico de la palabra. Es el choque entre la política como ordenamiento del vivir de cada uno en común con el prójimo o como convulsión cósmica. Un estremecimiento patético —mitad terrible, mitad deleitoso— eriza el vello de la historia cuando alguien se convierte en divo, pero al punto termina el acto y baja el telón.

En consecuencia, este libro prodigioso y fidelísimo de documentación no pierde interés a lo largo de sus muchas páginas. Un sentido las cruza; un drama apasionante tiene aquí su nudo, que ha de derivar en tragedia. Por poco propicia a simpatías que sea la atmósfera cortesana y política de entonces (por ejemplo, la vernalidad, abierta o en forma de regalos fabulosos, es algo tan establecido,

que nuestra Embajada en París tiene en aquellos años una "oficina de corrugación", así llamada, en cuyos libros figuran nombres como el de Talleyrand), lo que allí ocurre es algo que nos toca directamente. Se ventila el destino de España y la validez de un modo de política internacional frente a otro, que ha de tener su mejor herencia en los imperialismos actuales.

(Aunque mínimo, sorprende tanto un error en este libro, que lo apuntamos como excepción confirmadora: se nombra en la Corte de Carlos IV al "cantante italiano Boccherini". Boccherini, gran violonchelista y compositor, de cuyas obras algunas gozan hoy de gran fama, organizó, según el testimonio de Adolfo Salazar, el cuarteto en que el rey era violín segundo.)

José M.<sup>a</sup> VALVERDE.

CARLOS LACALLE: *40 jornadas en España*. Montevideo, 1947. 226 págs.

La literatura polémica de estos últimos años puede disponer ya un apartado de su fichero bajo el concreto rótulo de *Libros en defensa de España*. Un hecho notable para la posteridad es, claro, que esta defensa haya resultado necesaria. Otro hecho, también digno de consignar, será el modo e intensidad con que la defensa se ha realizado. Señaladísima categoría, importancia primera tendrá, en tal sentido, el grito filial de Hispanoamérica vibrando a través de una serie de obras, en las que la verdad se busca y esclarece por su doble y legítima manera: con los ojos y con el corazón. Entre estas obras, fielmente otorgadas por sus autores al discutidor momento internacional, acaba de ingresar el libro de Carlos Lacalle, quien, desde su tierra uruguayana, pone en orden y lanza briosamente a la publicidad sus impresiones de cuarenta días vividos, un año hace, en contacto con la más clara realidad de España.

Las crónicas que integran el volumen están escritas, así lo señala Carlos Lacalle, "por un hombre sin compromiso de ninguna especie, por un individuo de la hispanidad, al que no mueve interés ni afecto hacia los partidos políticos de España". Trata con ello de "conducir a

sus jóvenes compatriotas a unas rutas de conocimiento de España; para convencerlos de que hay una actualidad española maravillosa, constructiva, segura de sí misma, con capacidad rectora". España —consigna luego— es la "defensora de los sueños del hombre occidental". Un trasfondo poético satura estas páginas, bien olientes de queridas evocaciones literarias, singularmente Ortega y Unamuno, con cuyo pensamiento "Somnia Dei per hispanos" se encabeza el libro.

Motivado el viaje de Lacalle a España por la invitación de Pax Romana para su XIX Congreso Internacional, a las jornadas de dicha Asamblea se dedica la primera parte de sus crónicas, con encendida y brillante descripción de los actos occurralenses del verano de 1946, donde el autor conoció la "enorme, pujante y heroica fe católica de España". Una segunda parte abarca las impresiones de la actualidad española recogidas durante la estancia en Madrid, y la tercera cuenta su caminar —si rápido, bien aprovechado y repleto de sugerencias—, a través de Castilla, Andalucía y Levante, y aun con una excursión imaginaria a Galicia, a Ribadeo, en ocasión de

honrar a "El Viejo Pancho", el poeta uruguayo-ribadense.

Una gran humanidad, presta, animosa, viva, juvenil, alienta en estas cuarenta jornadas de Lacalle. Supo vivirlas y supo contarlas. Es ya mucho, incalculablemente mucho para los días que corren, proponerse y conseguir un "honesto relato" — así lo anuncia su autor— en forma a cualquier tema que penetre de algún modo en estadios de índole política. Con notoria lealtad y justicia, con fina curiosidad de buen informador, ha sabido el uruguayo ir llenando su bloc de notas. El acopio fué notable y fructífero. Lo que este par de centenares de páginas nos traen desde Montevideo denuncia la bondad del espejo que tan risiódamente captó facas y colores de España. En el presente mutuo ofrecimiento, tan pleno y expresivo, de nues-

tro amor de hispanos, la palabra de América se va diciendo en todos los acentos posibles. La voz de Lacalle, ahora, cifra la de su país: "Desde esta tierra uruguayo —dico—, cuyo querer nos impide extralimitaciones afectivas hacia otros pueblos, hemos disparado nuestra atención hacia la Madre Patria y en actitud filial hemos escuchado los cantos y decires de su historia."

Y no tan sólo esto, sino el reconocimiento de una "gran generación española, millares de hombres jóvenes, cuya gallardía frente a la muerte y frente a la vida, cuyo sentido de responsabilidad y cuya acción tesonera están construyendo una gigantesca potencia en la que se revalúan para la España actual los valores de la España Eterna".

A. DE Z.

JUAN VÁZQUEZ DE MELLA Y PANJUL: *Índices sinóptico, temático, de prologuistas y anotadores y cronológico de las Obras completas. Vol. XXX, por Rafael G. y García de Castro y Claro Abanades López, con una introducción de Manuel de Zufarull y Romañá. Junta de Homaje a Mella. Madrid, 1947. 323 p. 26 págs.*

Con el volumen de los Índices llega a feliz término la empresa que, junto a la tumba aun abierta del gran político tradicionalista, se propuso realizar un grupo de sus admiradores, entre los cuales se contaba la figura insigne de don Víctor Pradera, cuya contextura espiritual y solidez de formación filosófica lo convertían, sin proponérselo él, en heredero natural del que durante veintitantos años fué el portavoz en el Congreso de la tradición política española. Dichos Índices son cuatro: sinóptico, temático, de prologuistas y anotadores, y cronológico, con lo cual queda facilitada enormemente la investigación acerca de las doctrinas de Mella y, por lo mismo, ampliadas también las posibilidades de que influyan con real eficacia en la vida colectiva de las sociedades civiles hispánicas. Porque conviene, a propósito de esto, destacar dos circunstancias de indudable realidad: una, la del desconocimiento casi absoluto de Mella como valor político; la otra, la necesidad que tenemos hoy día de los puntos fundamentales de su doctrina los que nos hallamos empeñados en hacer fra-

guar en cuerpo sólido el ambiente hasta hoy más o menos difuso de la Hispanidad.

Cada vez, en efecto, que se habla de Vázquez de Mella se hace resaltar exclusivamente su condición de orador, más por costumbre y rutina que por verdadero conocimiento de su obra. Y esto no responde a la naturaleza de las cosas. La principal importancia del pensador carlista reside en su aspecto político; el orador en él constituye una sola nada más de sus facetas y no por cierto la de mayor relieve, porque en este punto de su época, no hay un solo discurso suyo que deje de pagar tributo al mal gusto y ampulosidad declamatoria propios del siglo XIX; es en el plano político donde se revela sobre todo la solidez de su formación teológico-filosófica y humanística, a la vez que la audacia de su pensamiento, bajo cuyo impulso logra elaborar una teoría completa respecto de la organización política de la nación. Mella es un precursor de todos los intentos de superar el régimen libero-parlamentario que han surgido en tropel durante los últimos años, aunque,

español al fin, no podía concebir él un régimen corporativo que no fuese inspurado, como por principio vital propio, por intensas y prácticas convicciones cristianas. En las páginas de sus obras se encuentran las soluciones más afinadas y perfectas para llevar a cabo con éxito la misión de gobernar a los pueblos. Mucho antes de que apareciera sobre la tierra el primer régimen totalitario, que fué el comunismo ruso, había previsto y denunciado Mella con insistencia que el fruto lógico del liberalismo tendría que ser un régimen gubernativo en que los derechos inalienables de la persona humana se viesen aplastados por el mecanismo estatal, y que la única manera de evitarlo era construir, sobre la base de una exacta noción de la naturaleza, posibilidades propias y fin último del hombre, la estructura política de la nación.

Esa es la gran enseñanza que lo hace de eterna actualidad para nosotros los hispánicos. En vez de pensar subconscientemente, como lo hacen ahora aun muchos de los que tienen el optimismo de creerse antiliberales, que un régimen sin constitución escrita tiene que ser por fuerza transitorio y anormal, el gran pensador tradicionalista nos demuestra con lógica de hierro e inquebrantable energía que la única *constitución* posible y normal para una sociedad civil es la que reconoce la existencia de las clases sociales, sin que para el caso importe absolutamente nada que haya o no haya constituciones escritas, o, como él decía con tono justificadamente despectivo.

*cuadernillos constitucionales*. Es que, si resulta exagerado hacer de él un teólogo o filósofo consumado como quieren muchos espíritus más impulsivos que discretos, se trataba de una mentalidad admirablemente estructurada que había mantenido contacto prolongado con las Santas Escrituras, los Santos Padres y los teólogos escolásticos, especialmente con el Doctor Angélico; y que, por lo mismo, no se detenía en consideraciones empíricas, sino que podía y le gustaba penetrar hasta los motivos esenciales y más íntimos de los acontecimientos. Si es cierto — como lo es — que la única manera de mantenerse en pereña actualidad es, como dice Unamuno, aferrarse a lo eterno, Mella, considerado como pensador político, será perennemente actual.

Conviene no perder esto de vista, porque los tiempos que corremos y más aún los que se avocinan habrán de ser decisivos para el destino histórico de la entidad político-espiritual hispánica.

Ojalá que el volumen preparado por el Excmo. Sr. Obispo de Jaén llegue a todos las manos y avive en los corazones españoles e hispanoamericanos deseos eficaces de establecer contacto con la obra de Mella. Para que el espíritu del gran pensador tradicionalista se destaque con toda la pujanza de sus rasgos, rasgos que permiten ver en él una de las inteligencias más preclaras y mejor disciplinadas con que cuenta la intelectualidad española.

OSVALDO LARA.

PEDRO CARRILLO DE HUETE: *Crónica del Halconero de Juan II* (hasta ahora inédita), y ORIBSO DON LOPE DE BARRIENTOS: *Refundición de la "Crónica del Halconero"* (hasta ahora inédita). Edición y estudio por Juan de Mata Carriazo "Espasa-Calpe, S. A.". Madrid, 1946. Dos tomos. 899 págs. de textos y xxxviii de estudios preliminares.

En la "Colección de Crónicas Españolas" que Juan de Mata Carriazo —maestro en investigación historiográfica— inició hace unos años, estos dos volúmenes significan un alarde de minuciosidad crítica, de sagacidad en el hallazgo y curo de documentos, de

clara discriminación acerca de un período tan confuso y germinal como el que corre del año 1420 al año 1450. La historiografía española, que todavía no ha llegado a aquel grado de plenitud que es dable admirar en la de otros pueblos, y no tanto por carencia de

buenos historiadores cuanto por dificultad de haber a mano el acervo conveniente de testimonios de época, puede agradecer a Mata Carriazo el gigantesco y afortunado esfuerzo que está llevando a cabo para desvelar los secretos del siglo xv y comienzos del xvi. Con una docena de investigadores de este corte, que se distribuyesen las centurias de nuestra existencia nacional, podríamos, a la vuelta de una generación, esperar confiados en la posibilidad del genio que alzase, sobre las bases de los documentos resuscitados, la gran arquitectura de una Historia General de España, libre de fábulas y de rascos. No vamos aquí a valorar toda la enorme trascendencia científica que implica el empeño de Mata Carriazo. Si traemos a esta sección la noticia de estos dos magníficos libros, es por el relieve político que su lectura posee, pues ya por sílos cabe rastrear cómo el brillante estallido nacional de Isabel la Católica se va preparando a lo largo de los reinados vergonzosos y claudicantes de su padre y hermano. El mal gobierno de la primera mitad del siglo xv había engendrado en el pueblo castellano una tensión espiritual que por fuerza habría de romper, desbaratando el tinglado de una Corte sin altura moral y sin gallardía cívica, Castilla, en ese período, vibra mercurialmente, y la misma amaga con lanzar por los aires, al primer alzamiento colectivo, la casa de los Trastámara y entregarse, bien en manos de la dinastía portuguesa, bien de la de Aragón y, hasta —llegado el último grado de desesperanza—, en las blandas manos de Navarra; que puede crajar, si halla el idóneo sujeto regio, el núcleo en derredor del cual, planetariamente, giren y se integran los demás reinos peninsulares. Si sucedió lo segundo, ¡né obva de Isabel y de aquel equipo de guerreros, obispos y hombres de Letras—desde Carrillo, am con su final defección, hasta Cisneros, pasando por Mendoza, los Córdoba y Nebrija—. Todas estas posibilidades germinan en esos treinta años que abarcan la *Crónica del Halconero* y su *Refundición*. Eso de que Isabel llegase al poder por razones puramente de legitimismo dinástico no resiste al contraste de los nuevos textos que Carriazo nos va alzabrando. La verdad es que len-

tamente fué fraguando en Castilla un estado de saciedad y de ceceo contra el sistema político —o contra la falta de sistema político— que asfixiaba el ímpetu ascendente del pueblo. La última razón de que toda una gran figura de gobernante y defensor del prestigio dinástico de Juan II, como Don Alvaro de Luna, sucumbiese, al cabo, sin la esperada reacción popular, hay que buscarla tal vez en ese instinto que a las colectividades, en trance de grave y visceral sensibilidad histórica, las hace distinguir perfectamente, aunque sin conciencia refleja de ello, entre la lealtad a la persona del que manda y la lealtad a su propia ley histórica de pervivencia. Alvaro de Luna no significaba para el pueblo aquel cambio de giro, aquel nuevo entendimiento de la política y del Estado, que desde los entresijos íntimos de su vida reclamaba para adecuarse a las exigencias que él —el pueblo— adivinaba en el próximo futuro. Y por eso Castilla —el pueblo— no se sublevó ni escindió en guerra civil por o contra Don Alvaro de Luna, y sí por Isabel contra la Beltraneja. Las razones legitimistas de Isabel las aportaron después los palaciegos, acaso como puente de plata por donde volviesen a entrar en el castillo de la lealtad y del servicio al nuevo monarca los mesnaderos y jercas que ayer le habían combatido.

Desde que algunos eruditos del siglo xvi —un Galindez de Carvajal y un Zurita— se refirieron en términos no muy concretos a *La Crónica del Halconero*, el silencio la había alejado de nosotros hasta darle por perdida. Nada menos que cuatro manuscritos, sin embargo, existen en que, de forma más o menos parcial y auténtica, se nos presenta este valioso testimonio de época. El original —lo que se dice el original del propio autor Carrillo de Alcaete— no ha aparecido. El manuscrito más completo —el 9.445 de la Biblioteca Nacional— es, nos dice Mata Carriazo, "el mejor de los que han llegado hasta nosotros". Se trata de una copia del siglo xvi, y en ella nota su editor y analizador dos estilos diversos que empalman, a la altura del capítulo CCCXVII, página 499. La primera parte, cree Carriazo —y da razones muy firmes—, que procede directamente del texto ori-

ginal de Pero Carrillo; la segunda —final y más reducida— procede de la *Refundición* del Barrientos. El análisis estilístico y de buceo psicológico de los dos autores, que Carriazo realiza para llegar a su tesis interpretativa, convence por lo ajustadísimo a las más rigurosas normas de la crítica de textos. Por lo que añade a la *Refundición* de Barrientos, abarca dos períodos y tiene dos partes: la primera, hasta el año 1439, es la que figura en el manuscrito de El Escorial (signatura X-II-13), y la publica Carriazo ahora en el tomo IX de su "Colección de Crónicas"; la segunda, del año 1441 al 1450, es la continuación a que arriba nos referimos, y forma cuerpo con el original —si de tal se trata— del halconero Carrillo de Huete, que se edita ahora como tomo VIII de la misma "Colección de Crónicas". Desde un punto de vista puramente político, tanto la *Refundición* como la parte de la *Crónica del Halconero*, que se debe a Lope Barrientos, ofrecen vivísimo interés. Pero desde

otro ángulo —de conocimiento de costumbres, caracterología y personajes— ofrece mucho más valor el texto propio de Carrillo. Es obvia esta discriminación: Lope de Barrientos era hombre de Letras, político, metido de lleno en las intrigas de la Corte; por el contrario, Carrillo se nos presenta como hombre sencillo, sin ambición de mando, cuidadoso de su mecester y observador minucioso de cosas, hombres y aspectos extrínsecos al drama que cada persona y el conjunto de cada facción o bando escondía.

La tarea de Mala Carriazo está prestigiada por todos los dones que a un erudito e investigador cabe demandarle. Objetividad en el criterio, luz fría en el discernir, hábil manipulación de materiales, cuidado exquisito en no dejar cabos sueltos, prudencia para no aventurar hipótesis no bien contrastadas en los textos; de esto y de más abunda el estudio preliminar a ambas crónicas.

B. M.

MILTON STULMAN: *Defeat in the West*. Con una introducción del General Sir Yan Jacob. Secker and Warburg. Londres, 1947. 336 págs.

Stulman no es soldado; no es militar de carrera. Nació en Ontario; estudió en Toronto, y tomó parte en el desembarco de Normandía como especialista en el "Orden de Batalla" del frente alemán occidental. Luego dejó el ejército y tornó a su profesión: la de escritor de cosas no castrenses. Y sólo así se entiende que reaccione como lo hace al interrogar a los que fueron grandes jefes militares y al resumir los pareceres no sinceros de unos hombres que —vencidos— han de escuchar y contestar correctamente a un comandante provisional que acaba de cumplir treinta y dos años.

En efecto, ¿cómo puede comprender a Halder, ni a von Rundstedt, ni a Jodl, ni a Student, ni a Dietrich, ni a tantos otros mariscales o generales de la *Wermacht*, que se explayan o componen su respuesta ante un soldado de la victoria que pregunta sin piedad. Ellos sólo esperan el veredicto de un Supremo Tribunal de su adversario, y —incoscientes— aguardan que la luz espiritual

alumbré su camino hacia una meta negativa. Y, sin embargo, las respuestas redactadas o pronunciadas por tales hombres han servido para escribir el libro más interesante de entre cuantos han aparecido hasta este día sobre la segunda guerra mundial (1939-45).

En el orden bélico, la detallada explicación de los hechos acaecidos a retaguardia de la Muralla del Atlántico; en el político, la evolución sufrida por el nacionalismo socialista, y, en el meramente histórico, la íntima existencia de los diversos personajes que murieron bajo tierra, en el recinto hormigonado de la Cancillería de Berlín, proporcionar al trabajo del comandante Stulman un valor sobresaliente y un interés que es sólo comparable a la pasión que pone al enjuiciar a su enemigo.

Stulman asegura que las causas del desastre fueron tres: Hitler, disciplina e ignorancia. Y al hacerlo se refiere a la *ignorancia* del que no supo que la estopa de Levante se iba a enajar de

grandes fábricas, ni que América era capaz de convertir sus inventores de *frigidaires* en productores de espoletas o municiones; y trata la *disciplina* de una fuerza militar que es semejante a la de tantas otras fuerzas que basaron su victoria en lo que siempre se han basado las otras: en la más completa y absoluta subordinación del hombre que se alista en el Ejército o se ve en la obligación de intervenir en la contienda. Y analiza estas tres causas, las coordina con el tiempo, las relaciona con los hechos, las enfrenta con los resultados obtenidos y las convierte en equivocaciones políticas o en errores estratégicos, haciendo resaltar que los ejércitos alemanes debieron impedir la retirada por Dunkerke, y señalando que pudieron intentar el desembarco en Inglaterra, o llegar a Gibraltar, o no atacar a Rusia, o no perseverar ante el principio del fracaso.

Acusa sin piedad. "¿Qué clase de alemanes fueron ésos —se pregunta— que condujeron a su país a la derrota más completa de la historia? ¿Qué razones obligaron a los grandes generales a operar de esa manera durante más de cinco años? ¿Por qué ese grupo de hombres, con más entrenamiento, más experiencia y más amor al arte de la guerra que cualquiera de los grupos de otras tierras, fallaron en lograr una victoria que tuvieron varias veces al alcance de su mano?" Y, olvidándose de que la industria americana fué creada con *disciplina* y de que América ignoraba la potencia verdadera de Alemania y entró en la lucha en contra del parecer de muchos grupos de hombres honorables e inteligentes, acaba demostrando que *ignorancia* y *disciplina* fueron dos

factores decisivos para perder la guerra.

"Sin disciplina, un ejército no puede funcionar; pero demasiada disciplina lo estrangula, y el ejército alemán era demasiado disciplinado"; y a fin de confirmar su extraño aserto, da detalles sobre la reunión del 22 de agosto de 1939, en que Hitler anunció su decisión de invadir el territorio de Polonia, y realza el hecho de que, a pesar de cierta no conformidad entre los oyentes, éstos regresaron a su puesto y cumplieron lo mandado. Luego refiere cómo —más tarde— Brauchitsch hizo presente que su infantería no se hallaba a la altura necesaria para llevar a cabo la operación de Francia, y describe la consiguiente indignación del Führer, y el adelanto de la fecha y la petición de una confirmación escrita... "en vista de que la orden telefónica resultaba incomprensible, *teniendo en cuenta el parte que el propio comandante en jefe —Brauchitsch— acababa de elevar a Hitler*". Presenta, en otro capítulo, los detalles del proyecto de asesinato de aquel último, y la forma en que los hechos fracasaron, y la represión durísima que sufrieron las cinco mil personas que tuvieron culpa, grande o pequeña, en tales hechos. E insiste, finalmente, en la responsabilidad de los hombres cuya ciencia, cuya afición o cuya carrera contribuyeron a facilitar el desarrollo de los planes concebidos por el Führer.

¿Comentarios? Los creo inútil. Dejo a cada cual *intonar* como es debido, y esperar la voz de algún aliado que haya cooperado con eficacia a la victoria con su saber o su entender en cosa hélica. Y me remito a lo que se oiga.

C. M. C.

Sir WILLIAM BEVERIDGE: *Le Prix de la Paix*. Traducido del inglés por Vladimir Halpérin. Editions des Trois Collines. Genève-Paris, 1945. 226 págs.

El objeto del libro, según manifiesta Beveridge, es una tentativa de definir las condiciones mediante las cuales sería posible eliminar la guerra y el temor a la guerra. Reconoce nuestro autor que no posee ningún conocimiento especial sobre el problema, pero siendo una preocupación vital, es digno de ser tratado

en un estudio, que no examina un plan, ni una política, sino el *precio de la paz*. A pesar de esta manifestación, Beveridge aborda en el libro planes y políticas.

En el enfoque de las dos cuestiones fundamentales, de por qué nacen las luchas entre las naciones y en qué condi-

ciones se podría encontrar el medio de regular de otro modo que por la guerra los conflictos internacionales, Beveridge no llega a contrar exactamente dichos temas, debido a su posición de concebir el mundo desde el punto de vista liberal-democrático—con muchos elementos conservadores—; a su punto de vista parcial inglés; y a sus excesivas esperanzas sobre la adaptación de Rusia a su propia concepción del mundo.

Su posición liberal, que Beveridge anuncia fundamentalmente en un próximo libro titulado *Why I am a Liberal*—lujó que se puede tener en un país rico y siendo rico—, le hace, en primer lugar, ser optimista; en segundo lugar, no ver dónde radica el problema de la anarquía internacional.

La anarquía no es la ausencia de legalidad, como Beveridge considera, sino la ausencia de regla moral común. El mismo reconoce (pág. 16) que la ausencia de ley entre las naciones es consecuencia de la ausencia de moral, esto es, añadimos, ausencia de una moral común, y una común concepción del mundo y del fin humano. Por esa razón entendemos, en contra de Beveridge, que la anarquía internacional no desaparecería por el establecimiento de una ley o arbitraje común, porque no habría medio de ponerse de acuerdo sobre el contenido político concreto, sobre el contenido moral e incluso metafísico y religioso de aquella ley común, o en el arbitraje. Las naciones—e diferencia de lo que opina Beveridge—no luchan tan sólo porque no existen *medios* aceptables para regular sus divergencias, sino también porque representan ellas mismas como totalidades, concepciones del mundo radicalmente diversas. La soberanía formal de la ley al estilo liberal, que Beveridge estima como panacea universal de las guerras, no podría tener vigencia porque para que una ley tenga efectividad es necesario que todos estén mínimamente de acuerdo en el *contenido concreto de justicia* de la misma, y para ello ha de existir una semejante concepción del mundo, un común concepto de la justicia. Cuando esto falta, el mecanismo formalista de la soberanía de la ley cae implacablemente por su base. Es trágico, pero cierto, que muchas cabezas señeras de Inglaterra y Norteamérica no se den cuenta que hay cientos, quizá miles de

miles de hombres en el mundo que *no creen*—bien porque no han creído nunca, bien porque se han desengañado de sus resultados, bien porque se les ha educado sobre otras concepciones— en las bases religiosas y metafísicas, ni en las instituciones, ni en los procedimientos liberal-democráticos, y, en consecuencia, no hay medio de llegar a ningún acuerdo con ellos respecto a los fines humanos, ni a la forma de vida, ni a los supremos valores políticos, los cuales—para muchos no liberales ni demócratas— no son ni la libertad, ni la igualdad, y, por tanto, tampoco es posible llegar a un acuerdo sobre el contenido concreto de la justicia, ni sobre la forma de organización política nacional o internacional.

Por estas mismas razones se equivoca Beveridge en sus esperanzas sobre la U. R. S. S., sencillamente porque los rusos no persiguen los fines vitales humanos que para Beveridge son indiscutibles, y el acuerdo o el arbitraje son imposibles, como estamos viendo todos los días, ya que el fin humano y el político, y el contenido de la justicia, y los procedimientos de conseguir sus fines, son entendidos por Rusia de un modo radicalmente distinto a como los entiende el mundo liberal-democrático burgués.

El punto de vista parcial inglés de Beveridge le hace desentocar el problema colonial (págs. 100 a 103 y otras), haciéndole considerar lícito el *statu quo* respecto de Inglaterra todoposeyente, e ilícita toda aspiración de cualquier otro país pobre o no poseyente (*have-not*); y su "situación" inglesa, medida a su concepción liberal, le lleva a decir que España—centro de refugio de todos los judíos de Europa durante la pasada guerra—los ha perseguido igual que los alemanes o los polacos (pág. 82), y refiriéndose a Gibraltar, dice Beveridge que los ingleses estarían dispuestos en todo caso a aceptar el veredicto de una Comisión supranacional de rectificación de fronteras, que respondiera a un deseo de los habitantes de una región sometida a Inglaterra, pero "en tanto que la menor necesidad de fuerza subsista en el mundo, el control de Gibraltar no dependería de los deseos de la población que allí habita, y no podría tolerarse que pasara a manos más débiles" (9). La



posición del hombre en lucha se manifiesta también en el capítulo destinado a convenecer al lector de la "particular perversidad de los alemanes".

La concepción burguesa del mundo de Sir William Beveridge se expresa en la página 56, diciendo que "no deberíamos ver ni en el advenimiento de un nuevo sistema, ni en la realización de la igualdad económica, las condiciones previas de paz; y no es justo decir que, en tanto que la justicia económica no se haya convertido en universal, toda esperanza de evitar la guerra debe ser abandonada".

Beveridge examina las bases de las guerras del presente: anarquía; miedo; espíritu de venganza —engendrado casi siempre por la injusticia—; la "perversidad particular de los alemanes" (P) —que Beveridge reconoce en otro lugar del libro como no de naturaleza, sino de grado—; e —indirectamente— las causas económicas. A continuación estudia lo que él denomina "vías falsas hacia la paz", que son: la política de poder; la negación de los compromisos internacionales; el equilibrio de fuerzas; las fronteras incambiables; empobrecimiento y desmembración de Alemania; y la diferenciación permanente en el enjuiciamiento de los países.

La última parte del libro está dedicada a estudiar las condiciones y los métodos de una paz durable y la extensión y naturaleza de una autoridad supranacional. Examina Beveridge el proyecto federalista; el de Dumbarton

Oaks, criticando con gran agudeza la posición de las grandes potencias en el Consejo de Seguridad, especialmente el derecho de veto —estudiado en el apéndice sobre la Conferencia de Crimea—; el remedio ideado por Lippmann de la división del mundo en tres o cuatro grupos regionales.

Beveridge propone como la única solución viable el arbitraje obligatorio de todas las diferencias, sobre la base de una ley igual para todos, concepción que domina en todo el libro y que hemos criticado ya al comienzo de esta "noticia".

A nuestro entender, la polarización actual de las concepciones del mundo y del hombre en dos o tres tendencias, conduce a los siguientes efectos: a las coaliciones regionales cada vez más amplias; a la probable eliminación en un próximo futuro de la soberanía de los pequeños Estados, y a un más o menos lejano enfrentamiento contra los grandes grupos regionales, de cuya lucha saldrá, probablemente también, una organización mundial, sobre la base de la máxima justicia unitaria o de la máxima unidad en la injusticia.

La edición franco-suiza que comentamos lleva como apéndices: Los catorce puntos de 1918; la Carta del Atlántico; la Declaración de Moscú; los Principios de la política exterior americana, de 1944; el "Rapport" de la Conferencia de Crimea y la Carta de las Naciones Unidas.

J. M.<sup>a</sup> HERNÁNDEZ-RUIRO.

J. PAUL-BONCOUR: *Entre deux guerres. Sur les chemins de la défaite 1935-1940.* Librairie Plon, París, 1947. 327 págs.

El tercer y último volumen de las memorias políticas de M. Paul-Boncour —varias veces ministro y delegado permanente de Francia en Ginebra— abarca el período comprendido entre el 6 de febrero de 1934 y la caída de la III República.

Intencionadamente, M. Paul-Boncour ha escogido la fecha del 6 de febrero por señalar ésta un viraje de la política exterior francesa que, a su juicio, empieza entonces a desviarse de las preocupaciones ginebrinas y de la seguri-

dad colectiva, aun sin apartarse de modo categórico de la Sociedad de las Naciones y de sus aliados orientales. El mañana reservado a Francia lo presunta el autor de *Entre deux guerres* como ineluctable, ya que no compensó su desasirse de las preocupaciones societarias con una política de firmeza respecto a una Alemania por días más fuerte. La atonía de los aliados ante la proclamación del rearme alemán (marzo de 1935), sucediendo inmediatamente al plebiscito del Sarre, inicia la serie de capi-

tulaciones que habían de conducirles a la guerra, primera capitulación de la que puede decirse que hacía inevitables las siguientes, si bien era ésta perfectamente evitable. Con la implacable lógica que adquieren los acontecimientos una vez que el tiempo permite considerarlos en su conjunto, expone M. Paul-Boncour las etapas del proceso que había de resolverse en la guerra: asunto etíope, remilitarización de la Renania, retorno de Bélgica a la neutralidad, guerra de España, ocupación de Austria, asunto checoslovaco, Munich. Cada una de esas etapas, correspondientes a la aplicación de los diversos puntos del programa hitleriano, se complementaron con una capitulación por parte de las democracias, cuya neutralidad o no intervención —como en el caso de España— asestaba un golpe funesto a una seguridad colectiva sólo viable si es intransigente.

Es muy curioso a este respecto el pensamiento de M. Paul-Boncour. En efecto, la energía y prontitud en la réplica que reconoce ser condiciones indispensables para defender la paz amenazada, eran incompatibles con el sistema de la Sociedad de las Naciones, del que dice textualmente que "las prácticas de Ginebra paralizaron la excelencia de la institución", y en otro lugar: "Después del fracaso del desarme, la Sociedad de las Naciones había sufrido un golpe del que no se había repuesto. ¿Cómo hacer respetar una regla internacional, si cada Estado conservaba la posibilidad de desarrollar los medios que le permitían burlarla?" Este divorcio entre un propósito de organización ideal del mundo y la insoslayable realidad política no ha pasado inadvertido a M. Paul-Boncour. Su fe inquebrantable en los principios de la institución ginebrina sólo a costa de un esfuerzo puede recoger una vaga enseñanza de la cruel lección de los hechos, como se desprende del último capítulo de su obra. Ello presta sabores de justifica-

ción de una labor política muy discutida a las palabras del ex delegado permanente de Francia en la Sociedad de Naciones. Los escollos que supo avizorar su atalaya ginebrina, dice el autor de *Entre deux guerres* que no los pudo evitar, ni siquiera cuando estuvo al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores del Gobierno Blum. ¿Por qué? La respuesta, M. Paul-Boncour no nos la da. Justificación no es confesión; una confesión que exigiera poner en tela de juicio no ya hombres o conductas, sino principios, "lo esencial de las ideas que para mí, y todos aquellos que habían conservado su ideal, significaba la República", dice. Así, las conclusiones que vislumbra la inteligencia de M. Paul-Boncour, su conocimiento de los problemas europeos y de los hombres políticos de su tiempo, las escamotea la pasión. Tal vez debiese buscar en esta pasión, que se oculta tras apariencias de serena lucidez, la razón de sus interpretaciones y juicios sobre la guerra de España. Otra explicación prestaría un carácter de imperdonable ligereza a las actuaciones del Ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno que, debatiéndose con el embrollo checoslovaco, envió dos divisiones a los Pirineos como un medio de descartar la posibilidad de que Francia se viera atacada por el Sur por una Alemania que "estaba metida a fondo en la guerra de España".

Lo tendencioso e inexacto de esta afirmación conduce a revelar de cuantos extremos M. Paul-Boncour presenta como verdades a salvo de las deformaciones de visión que imponen los prejuicios partidistas. Aquellos prejuicios que provocaron la jocosa exclamación de cierto gendarme rural: "Ante la Ley, la conciencia se calla", o dicho en otros términos, aplicables al autor de *Entre deux guerres*: "Ante la pasión republicana, la verdad se oscurece."

CARMEN MARTÍN DE LA HICALMA.

GEORGES BERNANOS: *La France contre les Robots*. Robert Laffont, Paris, 1947.  
222 págs.

Ante la última obra de M. Georges Bernanos tropezamos con la misma dificultad que para clasificar a su autor en un grupo representativo de la actual intelectualidad francesa. ¿A qué género pertenece un grito de ira? ¿Qué grito de ira, y acaso de angustia, es *La France contre les Robots*? Entre borbotones de insultos y afirmaciones erróneas, presenta, sin embargo, ideas interesantes por una independencia y originalidad que conviene destacar.

La tesis básica de la obra es que la Civilización moderna —enciérrase ésta en el molde democrático, capitalista, fascista o marxista— tiende a establecer el reino de la Técnica, totalitaria tanto en la paz como en la guerra, que anula la libertad del hombre, y por ende su dignidad. Reducido el hombre a condición de *robot* (máquina, autómatas), deja de ser persona para aniquilarse en el Número —la cantidad opuesta a la calidad—, llámese éste Colectividad, Partido o Estado. Lo mismo si parte del sector democrático que del capitalista o marxista, la Humanidad camina rápidamente hacia una esclavitud, que es consecuencia lógica de un sistema actual basado sobre un concepto del hombre heredado de los economistas ingleses del siglo XVIII, de Marx y de Lenin, que lo tienen por un animal sólo utilizable en masas regidas por las leyes del determinismo económico. Aunque todo el mundo habla de Revolución, ninguna realidad puede responder a esta palabra, que tiene un sentido de ruptura absoluto. Cualesquiera que sean sus formas exteriores, el sistema actual sólo puede convertirse en Dictadura de Estado, forma de anquilosis a la que se llega a través del socialismo de Estado, forma democrática de la Dictadura.

Por ello, frente a la tradición de las democracias, incurablemente reaccionarias, preconiza M. Bernanos el retorno a la tradición de la Libertad. Ha llegado, dice, la hora de recuperar las ideas de la Revolución de 1789, maltrechas de tanto rodar por el mundo, y reanudar la auténtica tradición del pueblo francés, rota por la Convención. Porque en

la Revolución de 1789 distingue dos fases opuestas: la una, que llama el Gran Movimiento, inspirada en la fe religiosa, y que pretendió establecer el reino de la Razón; la otra, que le cerró el paso, realista, nacionalista, y que por encima del idealismo a lo Rousseau y las Declaraciones de los Derechos, reanuda el absolutismo de Estado de los registas españoles e italianos, que habría de desembocar en el régimen napoleónico y las guerras económicas. Esta Revolución, que decretó la igualdad de los ciudadanos ante la Ley —idea romana—, ha preparado los totalitarismos modernos. Ni Mussolini ni Hitler los han inventado. Sólo han sido abscesos de fijación de una infección anterior a ellos que se remonta al siglo XV, cuando, en el seno mismo de la Cristiandad, la Política restauraba secretamente las divinidades paganas: el Estado, la Nación, la Propiedad..., conceptos de Derecho romano. Es éste el espíritu que anima al Estado moderno, el Moloc técnico, aunque asiente las bases de su futura tiranía usando el vocabulario liberal.

Volviéndose hacia un futuro que ha de ver el nacimiento de una civilización inhumana establecida merced a una esterilización de los más altos valores de la vida, M. Bernanos pinta un cuadro no carente de grandeza, pese a la violencia de sus expresiones. El reino ya establecido de la Máquina se completará con el de la Técnica, que conducirá a la "imbilidad" del hombre, por días más dócil, más pasivo, menos libre como resultado de minuciosas reglamentaciones exigidas por las concurrencias económicas y las guerras. La Humanidad sólo será Masa, utilizada mediante el sufragio universal por las potencias del dinero. Para huir de éstas, escogerá un dictador, que no será su jefe, sino su emanación. Así, con ritmo acelerado, el Mundo irá dando bandazos de la Democracia a la Dictadura y de la Dictadura a la Democracia.

Tras esta crítica despiadada —a la que no escapa la Iglesia católica, acusada de cargar la Colectividad anónima de los crimenes de la guerra—, M. Ber-

manos no propone un remedio, una solución que puedan adoptar los "imbéciles", a quienes se dirige con frecuencia obsesiva. Se limita a presentar un tipo humano francés anterior al fracaso de la Revolución del 89, aun defendiéndose de ser "paseísta". De la existencia de ese francés heredero de la cultura helénica, moviéndose en un mundo de privilegios que eran la más eficaz protección de su libertad, ignoramos qué opinarán los historiadores. Nos limitamos a se-

ñalar que en *la Semana Santa de 1934*, M. Bernanos asistió en Mallorca a espeluznantes persecuciones de los no nacionalistas por los franquistas... El estilo directo, vigoroso y rebosante de pasión, seduce cuando se refiere a hechos que por no conocidos pueden tenerse por ciertos. Se torna irritante al ser utilizado para dar por verdades irrefutables extremos tan absurdos como el subrayado.

C. M. E.

Lic. ALFONSO FRANCISCO RAMÍREZ: *Grandezas y miserias de la política*. México D. D., 1946. 135 págs.

Nadie mejor para hacernos sentir cuanto de grande y de pequeño hay en la política que el político mismo, y así un escritor como el mejicano Licenciado Alfonso Francisco Ramírez, que ha sido diputado y que, según tengo entendido, es Ministro de la Suprema Corte de Justicia —buen observatorio de la vida pública en importante sector—, nos brinda, en libro titulado precisamente *Grandezas y miserias de la política*, un haz de variados ensayos con el reflejo de congruentes lecturas. La política es ante todo acción. Pero ¿qué fuerza la puede orientar sino la de fundamentales ideas? Y ¿cuál puede ser la fuente de esas ideas sino el espíritu trabajado por la cultura...? De ahí, la importancia de los clásicos para la formación de una conciencia política. No es un capricho, no, de la composición de este libro el que lo encabece el ensayo titulado "La política y los clásicos". "Utilísimo y sugestivo —nos advierte el autor— es exhumar su pensamiento —el de los clásicos— acerca de la gobernación de los pueblos; conocer qué exigían, esperaban o pedían a los encargados de regir sus destinos; en qué forma les avisaron de engaños y peligros; cuál era su filosofía política o su inasequible idealismo." Y nos sitúa en 1651, en un cierto lugar de España, allí donde Balasar Gracián "confía al papel el fruto de sus meditaciones y de su experiencia". Ramírez glosa pensamientos de Gracián, que alterna con otros de Cervantes y de Quevedo, de Guevara y de Rivadeneira, sobre la educación del

príncipe. Trátase, pues, de una mirada hacia atrás, si bien el espejo retrovisor de la Historia nos sirve para avanzar con más seguridad, acreditando Ramírez en el ensayo que viene a continuación un especial tino para darnos "al sentido del porvenir", no sólo por lo que hace a Méjico, su patria, registrando al pasar algunas "magnas y definitivas conquistas" de su evolución política, no obstante errores que habrán de ser corregidos, sino en relación con todo América y con Europa, apuntando la esperanza de que "anevos púgiles, perfectamente alocionados, sabrán actuar, llegada su hora".

Los dos ensayos recién mencionados, en su alcance general, se completan con otros —"El sentido de la responsabilidad", "La juventud actual", "Regresiones imposibles", "El retorno al hogar", *verbi-gratia*— que desarrollan su tema respectivo con equilibrado criterio. Profesa el licenciado Ramírez un liberalismo templado por la experiencia histórica —frecuentemente alegada en oportunas citas— y por la crítica de sus más típicas instituciones: de algunas, cuando menos. Es significativa e este respecto la repulsa del sufragio universal por parte del autor, que deja reducido tal procedimiento a elecciones unitarias cual la de Presidente de la República. "La crisis del constitucionalismo moderno —leemos—, al poner de manifiesto la falsedad de dichos dogmas de la vieja política, ha evidenciado la inconsistencia del sufragio individualista, condenándolo por inorgánico e inepto para representar

Feblesante los diversos componentes sociales. Los hechos han corroborado ampliamente ese fallo, pues no hay nación donde los Parlamentos dejen de exhibir su fracaso...". Dada la extensión del fenómeno, ¿no resultará insuficiente la solución que el autor propugna, favorable a la representación proporcional? Por otra parte, Ramírez aboga por una representación en que se conjuguen la individual y la "clasista".

Si en los ensayos a que nos hemos referido prevalece el juego directo de las ideas, cabe agrupar el resto por la razón de que ese mismo juego se realiza a través de autores determinados. Maquiavelo constituye, en las elucidaciones del autor, un característico punto de referencia, y correlativamente, el "Anti-maquiavelo", forma de reacción que Ramírez personifica en el P. Rivadeneyra, contraponiendo la verdad de una grande y sana doctrina a "los sofismas con que Maquiavelo adulaba la corrupción

y el desenfreno de los poderosos inmorales". El valenciano Furió Ceriol, don Pedro Fernández de Navarrete, Fray Francisco de Vitoria, Cervantes, Saavedra Fajardo, el P. Mariana en sus relaciones con el Derecho político, son clásicos que acuden fielmente al conjuro de esta docta pluma. Y, acercándose a nuestro tiempo, Ramírez pondera a Balme, interpreta admirativamente la significación de Cánovas y de Maura, se siente ganado por los "conceptos interesantes y originales" de Gaiivet, y en tales tributos de amor e inteligencia a la tradición político-doctrinal de España, se manifiesta una actitud mental de noble raíz hispánica. Precede el autor, en todo caso, con independencia de criterio, pero en la crítica de esto o de aquello hay siempre un afán de objetividad y espíritu constructivo que es justo reconocer.

MELCHIOR FERNÁNDEZ ALMAGRO.

LEWIS HANKE: *Los primeros experimentos sociales en América*. Versión española de Manuel Jiménez Quiñez, con un prefacio de León Martín-Granizo. Ministerio de Trabajo, Congreso de Estudios Sociales, Madrid, 1936. 148 págs.

La Comisión organizadora del Congreso de Estudios Sociales, del Ministerio de Trabajo, en su deseo de difundir la obra social de España, ha dado a las prensas la traducción castellana del libro publicado años atrás por el profesor norteamericano Lewis Hanke, con el título de *The first social experiments in America. A study in the development of spanish indian policy in the sixteenth century* (Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1935), en la serie de *Harvard Historical Monographs*.

Este breve estudio del Prof. Hanke, uno de los hispanistas que mejor conocen el primer siglo de nuestra historia americana, al que ha dedicado detenida atención y en cuya comprensión ha puesto la máxima objetividad, ofrece un marcado interés, pues si bien los hechos en él estudiados eran conocidos en sus líneas generales, un examen minucioso de la documentación impresa e inédita que se conserva en el Archivo de Indias de Sevilla, le ha permitido

presentar un cuadro detallado de los mismos.

Destaca el autor, en los dos primeros capítulos, los juicios que los españoles formularon sobre los indios a raíz de los primeros contactos con ellos. Nadie vaciló nunca en considerarles animales irracionales, en el sentido estricto de la denominación, sino seres humanos. Pero, en cambio, hubo disparidad al enjuiciar sus condiciones para llegar a civilizarse y, en consecuencia, en el trato que se les dió. Y así, mientras para la mayor parte de los españoles que convivieron con ellos en el Nuevo Mundo eran seres inferiores, incultos y viciosos, incapaces de educación, a los que por ello se despreciaba —los calificativos de *irracionales*, *bestias* o *perros*, que a veces aparecen en los escritos de la época, no significan otra cosa que este desprecio, de igual manera que actualmente en el lenguaje vulgar—; un grupo reducido, formado principalmente por religiosos y a su frente Las Casas, veía en ellos seres

perfectos, incluso de condiciones y virtudes superiores a las de los propios españoles, que mediante una solícita educación llegarían a ser iguales a los naturales de Castilla.

Los tres capítulos restantes de la obra aparecen destinados a examinar los intentos llevados a cabo por la Corona, en medio de este caos de opiniones, para comprobar cuál de ellas se ajustaba a la verdad. Desde 1516 a 1533 se realizaron en las Antillas experimentos en este sentido, consistentes en reducir a los indios a pueblos para que en ellos aprendiesen a vivir y desenvolverse libremente, bajo la dirección y enseñanza de españoles honrados y amantes de los mismos. Los resultados de estos experimentos en la Española, Puerto Rico y Cuba fueron totalmente adversos para los indios, que en todo momento se mostraron incapaces de elevarse a un nivel de vida superior y llegar a pensar y sentir como los vasallos de Castilla, a los que jurídicamente estaban equiparados. Indudablemente, según mostraron estos experimentos, que al fin hubieron de abandonarse, y reveló la experiencia en los siglos siguientes, no era posible a los indios salvar en unos años el largo camino que en el aspecto de su desarrollo y educación habían tardado miles de años en recorrer los pueblos ahora civilizados de Europa.

Con manifiesta simpatía estudia Hanke los experimentos verificados, la buena fe y el excelente deseo que impulsaron a su realización y la elevación de miras con que se quiso resolver el problema indígena. Sin ocultar lo avanzado de esta postura, en una época en que fuera de España, y aun durante siglos más tarde, se sintió general y profundo desprecio por el indio, al que nadie creía merecedor de la más mínima consideración. Incluso, lo que por falta

de conocimientos etnográficos en aquel tiempo pudo ser defecto en la técnica de los experimentos, es puesto en parangón —y no con desventaja— con los métodos empleados recientemente para determinar la capacidad de los indios norteamericanos.

Es lástima que este interesante trabajo del Prof. Hanke, con tanta oportunidad divulgado ahora en castellano, no haya merecido del traductor la atención debida. La traducción, hecha sin duda precipitadamente, parece como realizada por un extranjero poco familiarizado con nuestra lengua. Los adjetivos en la versión, especialmente, carecen con frecuencia de sentido y no reflejan lo que el autor ha querido decir. Giros y frases hechas del original se vierten literalmente al castellano (ej., pág. 74). Incluso cuando el autor se cree en el caso de explicar al lector inglés el significado de una palabra española, el traductor lo hace igualmente. Así, v. gr., nos explica —no sin impropiedad— que un *escribano* es un notario (pág. 67), o que los *procuradores* de los colonos son unos "representantes enérgicos" (pág. 47). Otras veces se olvida traducir una palabra —p. ej., se habla de "un *cano*" (canónigo) llamado Morán" (pág. 87)—, o castellaniza la inglesa —repetidamente se habla de los *colonistas* españoles en Indias—. Finalmente, ha de observarse que el traductor no está familiarizado con la materia de que trata la obra. Sólo así se explica que dé nombre inglés a *Peter Martyr* (pág. 66), el famoso humanista italiano que vivía en España y desde ella lanzaba a Europa las nuevas que le llegaban del mundo recién descubierto; o que califique de *Jaco de resistencia* (pág. 52) a quien lo fué de *resistencia*.

ALFONSO GARCÍA GALEO.

CARLOS TRARGUREN (H.): *De Monroe a la buena voluntad*. (Trayectoria de un imperialismo.) Buenos Aires, 1946, 399 págs.

Cuando Monroe lanzó al mundo su Mensaje de 2 de diciembre de 1823, alguien pudo creer que se trataba de un noble esfuerzo para crear en América un renanso de paz al margen de las gue-

rras que desgarraban a Europa. No creer, en suma, lo que por inspiración hispánica había querido hacer, siglos atrás, el Tratado hispano-italiano de 12 de enero de 1750.

Nada más lejos de la realidad. La doctrina de Monroe, que no evitó la anexión de Santo Domingo por España, ni la expedición tripartita a Méjico, ni la recificación de fronteras en la Guayana británica o la tentativa francesa de abrir un canal interoceánico..., sirvió, sin embargo, para justificar la ambición expansionista de los Estados Unidos. "Del fondo del mensaje famoso —dice Ibar-guren— irán saliendo una tras otra, hasta nuestros días, las solidaridades ideológicas y políticas del Continente, el panamericanismo, la buena vecindad, la asistencia pacífica y la cooperación de guerra o de postguerra manejada, siempre, desde las oficinas del Departamento de Estado." "En la realidad de los hechos, esos enunciados unilaterales del Presidente norteamericano sólo envolvían, como solución de paz para el hemisferio occidental ... la fraternidad obligatoria bajo la férula de los Estados Unidos. Ello suponía por parte de esta potencia el privilegio extraordinario de vigilar la conducta de todos sus vecinos y de imponerles los castigos y las amonestaciones condignos ... en beneficio de la presupuesta felicidad general." Fracasado —con el Congreso de Panamá— el ideal boliviano de ligar estrechamente a las recién nacidas Repúblicas del Sur, los Estados Unidos tenían el camino libre. "La política internacional norteamericana adquiere por esos años un ritmo terrible"; si no evita la serie de intervenciones europeas a que añadíamos más arriba, prepara el primer de sus avances: Méjico. Tras una serie de ingerencias y de intrigas, tras una guerra declarada después, Estados Unidos se apodera, contra toda justicia, de Texas, Nuevo Méjico y California.

Después, con el triunfo de los Estados del Norte en la guerra de Secesión, adviene "una plétora de energías ... que reclamaba nuevos mercados y nuevas fuentes de abastecimiento". Y entonces, "bajo excusa de americanismo solidario, los Estados Unidos emprendieron la conquista de los mercados continentales". Es bien sabido hasta qué punto lo consiguieron. Bien que el fracaso —gracias a la intervención argentina— del proyecto norteamericano de "Zollverein" amargara un poco el momento eufórico de la gran potencia del Norte.

Pero de todos modos, el final del si-

glo XIX les encuentra "poderosos y enriquecidos". Es el momento en que su ambición se vuelca sobre el más próximo de los campos de acción, el Mar Caribe. Es la guerra con España y el inaudito despojo de Cuba, al que el Sr. Ibar-guren dedica un capítulo bellísimo y lleno de simpatía hacia la Madre Patria. Y con él, el de las islas Filipinas, que inaugura la expansión norteamericana en el Pacífico, que ha de culminar en la "Open Door Policy".

La atención entonces se vuelve de nuevo hacia el Continente. Teodoro Roosevelt se arroga en su mensaje de 1904 el poder de policía en América del Sur, "el derecho de intervención de los Estados Unidos en todo el hemisferio Occidental", lo que no es ni más ni menos que "el desconocimiento por parte yanqui de esas veinté jurisdicciones latino-americanas". Política que se plasma en el logro del Canal de Panamá, fruto de una revolución provocada desde Washington. Y que se completa con el subiguiente inicio de la "diplomacia del dólar" —la protección a ultranza de los intereses de los súbditos yanquis donde quiera que fuere—, fruto de la mente del eufórico Presidente Taft ("todo el hemisferio será nuestro de hecho como en virtud de nuestra superioridad de raza ya es nuestro moralmente", decía).

Cuando adviene la primera guerra mundial, los americanos del Sur habían ya experimentado de sobra las delicias de la doctrina de Monroe. Por si fuera poco, vendrá el artículo XI del Pacto de la Sociedad de Naciones a conceder alegrementemente a esta doctrina, proclamada unilateralmente, el título de "acuerdo de carácter regional", frente a la protesta veheméntísima del Uruguay y Argentina.

Los Estados Unidos comprenden que han ido demasiado lejos. Existe el peligro de que las naciones hispanoamericanas, despochadas, se echen en brazos de la organización ginebrina, emancipándose de la tradicional tutela yanqui. E. D. Roosevelt, con su "política del buen vecino" representa la —aparente— marcha atrás. Aparente, porque si con ella formalmente sucede "a la superposición yanqui la colaboración interamericana; al unilateralismo la acción solidaria" (Barcia Trelles), en realidad los Estados Unidos que, como dice Ibar-

guren, "han salido intactos de la guerra", fortalecidos y enriquecidos con el desequilibrio y la ruina del Viejo Continente, "se convierten de deudores en prestamistas del Universo entero". Por debajo de las platónicas protestas de solidaridad trabaja más fuerte que nunca la vieja "diplomacia del dólar". Y junto a ella el Panamericanismo, "versión institucional (afirma Ibarguren) de la doctrina de Monroe ... será el arriete para mantener brecha abierta en esas barreras nacionales con que las Repúblicas del Sur tratan de preservar sus intereses más queridos ... ante la avalancha industrial, financiera, política y propagandística desatada por el imperia-lismo sajón". Así, Leo Rowe, director de la Unión Panamericana, dirá un día que "las ideas rígidas de soberanía nacional tendrán que sufrir modificaciones con el

fin de ponerse en estado de realizar la cooperación internacional que la actual situación exige". No es difícil adivinar en la intención del orador qué soberanías deberían modificarse y en beneficio de quién habrían de hacerlo.

Libro excelente el del Sr. Ibarguren. Escrito en limpia y amena prosa, objetivo y documentado, trasluzca en todo momento un profundo amor a España, nunca nombrada sin elogio. Al hacer la historia de las injurias sufridas desde hace más de un siglo por las naciones de nuestra raza, nos recuerda un poco a aquel otro libro que hace unos años narraba las que España había recibido --sobre el suelo de África-- de manos de otros imperialismos.

J. M.<sup>o</sup> LOZANO.

BERNARDO VÍCTOR HAEDO: *En defensa de la soberanía. (El Uruguay y la política internacional del Río de la Plata.)* Montevideo, 1946. 488 págs.

Bien elegido está el título del libro. El prestigioso líder herrerista recoge en él los discursos pronunciados en el Senado uruguayo desde 1940 a 1946 sobre "las cuestiones que actualizaron en el Uruguay el problema que debemos considerar permanente del destino de nuestra nacionalidad, de la defensa de nuestra soberanía", como dice el mismo autor. ¿Cuáles son estas cuestiones: "el proyecto para construir bases navales en el Uruguay, las listas negras, las declaraciones conjuntas en materia internacional, el proyecto de intervención unilateral".

Pero las cuestiones que atañen a la soberanía de un Estado surgen siempre en relación con la de otro u otros. En este caso los principales protagonistas, con Uruguay, de las cuestiones debatidas, son los Estados Unidos y Argentina.

A los primeros (a su proyecto de establecer bases militares en el Uruguay para la defensa del Continente) hace mención la primera parte del libro del Sr. Haedo. Haciéndose eco de las noticias de prensa sobre conversaciones para el establecimiento de dichas bases en Uruguay, lo que entrañaría --dice con

frase de Juvenal Hernández-- un "sobornaje militar" (con la irónica contrariedad de que Uruguay podría a su vez utilizar las bases yanquis), el Sr. Haedo se opone decididamente a este proyecto. Se le enfrenta el Canciller Guani, quien se basa en los acuerdos de las Conferencias interamericanas --no ratificadas por Uruguay, como oportunamente observó el Sr. Haedo--, abogando por el proyecto de colaboración reduciéndolo a "simples contactos de orden informativo", en frase suya. Proyecto que el señor Haedo atribuye a una psicosis colectiva que nada justifica, dada la inverosimilitud de una invasión, así como a lo que llama "política personal" del Canciller, nada amigo, a lo que parece, de consultar a los órganos legislativos. Demuestra que el costo de una base aeronaval sería gravosísimo para el país, caso de hacerse con dinero uruguayo; si se hiciera con dinero ajeno... Hace la "historia de la penetración estadounidense en el Continente... El drama de Cuba, de Nicaragua, de Santo Domingo, de México, la mutilación brutal de Colombia". Imperialismo más o menos paludado actualmente por una política de "buena vecindad, que nosotros aceptamos.



que deseamos creer en ella, pero que aún no conocemos sus frutos", recuerda la "diplomacia del dólar" y asegura que la construcción de esas bases —que Uruguay, que no posee escuadra, no utilizaría— violaría el art. 75 de la Constitución uruguaya y se opondría al principio de no intervención estipulado en la Conferencia de Montevideo de 1933 (con reservas —recuérdese— de los Estados Unidos). El Senado aceptó la moción del Sr. Haedo, declarando que "en ningún caso prestará su aprobación a tratados o convenciones que autorizasen la creación de bases aéreas o navales que importen una servidumbre de cualquier género para la nación o una disminución para la soberanía nacional".

Cuatro años después, en otros discursos también recogidos en este libro, el Sr. Haedo combate la construcción de una base aeronaval en Laguna del Sance, bajo dirección y financiación yanqui. Esto —al tiempo que no se reconocía al Gobierno argentino— constituía una política peligrosa que "rompía el equilibrio continental; sobre todo el equilibrio del Río de la Plata". "Somos —dice— decididamente contrarios a toda política armamentista."

En otros discursos toca cuestiones directamente relacionadas con la gran vecina del Río de la Plata. Primeramente —el año 1944—, para pedir que se reconozca el Gobierno del general Farrell, Gobierno estable, obedecido y dispuesto a cumplir sus obligaciones internacionales, como prueban las declaraciones a *La Nación* del 5 de marzo de 1943, y como exige el Derecho Internacional clásico. La manera de llegar al poder (nada excepcional en América, como se ve en la enumeración que hace el

Sr. Haedo de regímenes contemporáneos nacidos de una Revolución), no autoriza a negar el reconocimiento, interviniendo de ese modo en la política interior de otro Estado.

La defensa de ese mismo principio de no intervención pronunció el Sr. Haedo otros discursos en 1945, primero para oponerse a la propuesta uruguaya de intervención multilateral (claramente dirigida contra el régimen entonces imperante en la Argentina) y más tarde para combatir una proposición de ruptura de relaciones con España, "madre inmortal de los pueblos americanos". Haecce —dice— "sería como querer saltar sobre la propia sombra...; un repudiable descastamiento". También se opuso el ilustre senador a la declaración de guerra al Rje, alegando que no había ofensa directa y que redundaría en perjuicio de las libertades individuales. Como en 1917, como siempre, el partido nacional es partidario de la paz. Protesta de la sumisión al famoso "Comité de emergencia" ("Cancillería bis") le llama en algún sitio) y a una declaración de guerra sin otro objeto que el de que sirva como "una especie de billete que hay que pagar para entrar en la Conferencia de la Paz".

Y, por último, en un discurso extraparlamentario, el Sr. Haedo propugna una "política de convivencia hispano-americana", por medio de acuerdos regionales que unan más a los países vecinos; y por una unión espiritual con los viejos países generadores latinos. Política firmemente opuesta a cuantas hegemonías, vetos o intervenciones menoscaban la soberanía nacional.

J. M.<sup>a</sup> L.

ATELIO GARCÍA MELLID: *Montoneros y caudillos en la historia argentina*. Ediciones "Recuperación Nacional". Buenos Aires, 1946. 276 págs.

*Revisiónismo frente a historia oficial*; éstos son los términos en que se halla planteada la controversia desde 1852, el instante mismo en que los cronistas y panfletos del ejército alzado contra Rosas por Francia, Brasil y el general Urquiza, se abrazan a Clio para deshacer el prestigio de los adversarios de-

rotados en Caseros. La *historia oficial*, construida por Mitre y López principalmente, se empeña en "enterrar históricamente las figuras de los bárbaros desorganizados" (1); por otra parte, el

(1) Carta de Vicente Fidel López al general Mitre.

revisiónismo ha vindicado para "los bárbaros desorganizadores", entre otros honrosos títulos, el de haber constituido mediante el Pacto Federal la unidad política argentina e impuesto, en dos guerras victoriosas, a las potencias europeas — a Francia y a Inglaterra aliadas — el reconocimiento absoluto de la soberanía argentina sobre el Río de la Plata y sobre los ríos interiores.

La escena *revisionista* — cuyos precursores fueron en primer lugar los mismos vencedores del caudillismo, disgustados entre sí a la hora de repartir el botín — ha alcanzado extraordinaria pujanza en Argentina; Irazusta, Lestrada, Gálvez, Juan Pablo Oliver, José María Rosa (h.), Ricardo Font Ezcurra, Scalabrini Ortiz, Carlos Ibarguren, entre mil, han producido trabajos de tal seriedad y honradez que han reiniciado la polémica alrededor de los principios y credos que movilizaron, hace más de un siglo, al pueblo argentino bajo las banderas de sus caudillos.

Atilio García Mellid — *revisionista* — afirma y prueba con acopio de doctrina y de documentos que montoneros y caudillos representan en la historia argentina las *libertades geminas* frente a la *legalidad frustrada*. Esta oposición entre los *valores sustanciales* y las meras *categorías enunciativas* de los ideólogos, determina una antinomia cuyos dos términos se integran en formas políticas o fuerzas sociales contrapuestas, que se manifiestan a través de toda la historia argentina, combatiéndose — sangrientamente a veces — bajo denominaciones genéricas cambiantes según la época: doctores y gauchos, ilustración y chusma, unitarios y federales, civilización y barbarie, régimen y pueblo, oligarcas y decamisados.

García Mellid hace un esquema en el que promueve una restauración de los valores que acercan a la justa discriminación de la verdadera *sustancia histórica argentina*, señalando que la incongruencia del *legalismo* reside justamen-

te en que vive para su propio aparato legal, despreciando los "valores humanos" que escapan a sus genéricos enunciados.

La *montonera federal* designa al pueblo que arroja de Buenos Aires a los invasores ingleses, combate los postulados de la oligarquía rivadaviana — liberal y entreguista —, lleva a Rosas al poder, vence a la coalición anglofrancesa para ser luego derrotada por los ejércitos aliados de Francia, Brasil y el general Urquiza.

Minuciosamente documentado, prueba García Mellid cómo el triunfo de los *principios formales* inicia una etapa de proscripción, no de unos horabres como en tiempos de Rosas, sino del pueblo y de su libertad; proscripción explícitamente requerida en el consejo que Sarmiento daba al general Mitre en 1861: "... No trate de economizar sangre de gauchos..."

En oculta veta latía la vocación de independencia de la "plebe bárbara y desenfrenada", hasta hallar en Hipólito Irigoyen su auténtico caudillo. Desaparecido Irigoyen en 1933, queda el movimiento radical sin auténticos conductores, asimilándose al proceso de *simulaciones legalistas*, en que se define la irreductible postura del "régimen", calificado éste como un *dispositivo de reglamentos y prácticas, de arbitrario predominio, en el que se estratifica la efectiva vigencia de la libertad*.

El advenimiento del coronel Perón a la escena política argentina establece un nexo entre la *montonera criolla* — medida de la libertad — y el inmediato presente. Capta, por el simple manejo de las *realidades vernáculas*, la verdadera antinomia que recorre la historia argentina, contienda trabada entre la *ley de las esencias* y el *culto de las formas*, entre las *libertades geminas* y el *aparato formalista del derecho abstracto*.

H. M.

# REVISTA DE REVISTAS

